

"There seems to be no other novelist writing today who is capable of so thoroughly disarming one's narrative expectations." —*Minneapolis Star-Tribune*



Jesse Ball

Author of *Samedi the Deafness*

The Curfew

TOQUE DE QUEDA

OceanofPDF.com

[OceanofPDF.com](https://oceanofpdf.com)

Para Alda Aegisdottir

*Nacemos en este cementerio,
pero no debemos desesperar.*
Piet Soron, 1847

OceanofPDF.com

PARTE **1**

OceanofPDF.com



Hubo un griterío y luego un disparo. La ventana estaba abierta de par en par, pues el tiempo era bastante bueno y delicado a fines del verano en la ciudad de C. Sí, la ventana estaba abierta de par en par, así que el disparo sonó con fuerza, como si hubiera estallado en la habitación, como si una de las dos personas que estaban en la habitación hubiera decidido disparar un arma contra el cuerpo de la otra.

Pero no era así. Y como no habían disparado a nadie en la habitación, el hombre, William Drysdale, veintinueve años, ex violinista, actualmente epitaforista, y su hija Molly, ocho años, estudiante, siguieron durmiendo.

Esas eran sus ocupaciones. Cada día, Drysdale asistía a entrevistas mientras Molly iba a una escuela donde repetidamente le pedían que repitiera cosas. No podía hacerlo, y no lo hacía.

La calle que se veía por la ventana era sombreada y agradable. Una anciana estaba sangrando, encorvada sobre un banco. Había dos hombres a quince metros de distancia, y uno empuñaba un arma. A tres metros del banco, un hombre yacía bajo las ruedas de un camión, que quizá le hubiera causado lesiones irreparables. El chofer estaba de rodillas y decía algo. Se puso de pie y les hizo señas a los dos hombres. El que empuñaba el arma la guardó. Llegó un camión más pequeño para llevarse los cuerpos. El hombre que tenía el arma, pero que ya no la mostraba, ordenaba a la gente que se fuera. La gente se iba.

Un minuto después del disparo, la calle estaba desierta. Esto sucedía a menudo. Les presentaré esta ciudad a ustedes como una ciudad de calles desiertas: desiertas solo cuando sucedía algo, desiertas por un momento y luego llenas de nuevo, pero aun así desiertas.

Presentaré esta ciudad y sus habitantes como una serie de objetos cuyas relaciones no se pueden describir con ninguna certeza. Aunque la violencia puede conectarlos, aunque la piedad, la compasión y la esperanza pueden enlazar unos con otros, aun así lo que está ocurriendo no se puede juzgar, y aquello que ha pasado ya está más allá de todo juicio, lo cual nos deja de nuevo, con vidas y pertenencias, lugares, yendo y viniendo de aquí para allá, desdichados, ignorantes, discordantes.

OceanofPDF.com



Era día de escuela, así que, después de un rato, los dos que estaban en la habitación comenzaron a moverse. Molly se despertó primero, y se vistió. Era una niña capaz, aunque muda.

—Compraremos algo en el camino —dijo William.

Molly asintió. Se paró junto a la cama plegable en el rincón del cuarto, alzó los dos vestidos que le pertenecían y los examinó. Uno era azul y el otro amarillo. ¿Cuál usaría?

Y luego hacían cola en la panadería, y ella tenía puesto el vestido amarillo, que hacía juego con sus rotas zapatillas amarillas. Eran zapatillas de baile, aunque ella no bailaba. No llevaba un bolso con libros porque no era esa clase de escuela.

—Dos de esos —dijo William—. Y uno de esos.

—¿Quieres uno ahora? —preguntó.

*Todavía no —dijo Molly con señas.

Bien, ¿qué clase de escuela era entonces? Era una de esas escuelas en que te sentabas en bancos en fila y los maestros te decían qué pensar. Recitabas cosas y escribías cosas repetidamente. Leías libros que estaban sujetos al pupitre con cadenillas. Se rendían exámenes, y a menudo se usaban varas

para inculcar disciplina. Había un pedazo de tierra donde podían jugar a la hora del almuerzo. Se alentaba el juego, y también la delación.

*Hemos llegado —dijo Molly.

—¡Adiós! —dijo William, y la retuvo un instante.

Ella entró corriendo en el edificio. Otros niños pasaron junto a él a empujones mientras la seguía con la mirada.

—Drysdale, ¿te enteraste?

Un hombre tosco y mayor estaba allí con su esposa. Cualquiera de los dos podía ser confundido con un banquero.

—Latreau murió. Le dispararon esta mañana.

—¿La anciana? ¿Por qué?

—Arrojó a alguien contra un ómnibus.

—Oí decir que era un camión —dijo la esposa—. Pensó que el hombre era policía, así que lo arrojó contra un camión. Pero la atraparon antes de que pudiera escapar.

—Lamento saberlo —dijo William distraídamente—. De veras.

Apenas movía los labios.

William se alejó sin mirar a ninguno de los dos. No los había mirado ni una sola vez. Si uno hubiera estado observando, habría pensado que el hombre y la mujer hablaban entre sí. Tan cauto era William.



Lo llamaban municipio pero era una ciudad. Esto es típico de las ciudades muy grandes. Tenía distritos: distritos viejos, distritos nuevos, distritos pobres, distritos comerciales, distritos navales. Una vez había tenido una cárcel, pero ahora no era necesaria. El sistema era mucho más eficaz de ese modo. Los castigos eran mayores, o bien no se aplicaban. Un país común, lleno de ciudadanos comunes, con sus preocupaciones, dificultades, crueldades e injusticias, se había ido a dormir una noche y al despertar por la mañana había encontrado, en vez del viejo gobierno, un Estado invisible, con sus propias preocupaciones, dificultades, crueldades e injusticias. Todo se controlaba y se mantenía de forma estricta, a tal punto que era posible, dentro de ciertos límites, fingir que nada había cambiado.

¿Quién había derrocado al gobierno? ¿Por qué? Esos detalles no estaban claros, y tampoco estaba del todo claro que hubieran derrocado a nadie. Era como si hubieran bajado un telón y uno pudiera ver el telón pero no lo que había detrás. Uno recordaba que el mundo había sido distinto, y hasta hacía poco tiempo. ¿Pero en qué? Esta era la pregunta que carcomía a los que no podían evitar hacerse preguntas.



Ese cambio nimio era realmente agobiante. Las casas y los edificios estaban llenos de gente desesperada que tenía una interpretación profundamente errónea de su desesperación. Esto se debía a una astuta explicación por parte del gobierno. Es imposible saber, decían muchos en voz baja, si el ministerio piensa bien de nosotros, si actúa en nuestro beneficio. Pero todavía caían bellotas de los árboles, asomaban peces en la superficie de los estanques, etcétera. En una vida larga, decían muchos viejos, esto es solo una cosa más. Pero había otros que eran jóvenes y que no sabían nada sobre la fragilidad de la condición humana. ¿Irradiaban luz? Claro que sí, pero no se veía. Y entretanto, la mecánica trituración de huesos, y en la calle el paso leve de personas que caminaban en la cuerda floja.

Pero hacía poco, muy poco, los que no soportaban que los gobernarán así habían tomado medidas. Era imposible decir con exactitud qué había cambiado, pero el choque entre los dos bandos ahora era frecuente, y la gente de la ciudad se había acostumbrado a encontrar cuerpos sin que hubiera explicaciones.

Por supuesto, tales explicaciones solo se pueden dar después, cuando un bando ha ganado.



William se dirigió a su primera cita del día. Se imaginó cómo lo verían: un hombre con una larga chaqueta de tweed, con un bastón bajo el brazo, con bombín y un par de robustos zapatos negros. Luego se insertó en esa imagen, como lo haría un actor.

Así llegó, vestido con ese ropaje real e imaginario.

—La señora Monroe está en el jardín.

Un sirviente lo guió por un pasillo con mosaicos. Los mosaicos representaban escenas bucólicas: vacas, gitanos, varias clases de aves, casas de zarzo, henares. No había dos iguales. Esto surtía un efecto perturbador. Uno nunca tendría tiempo para sentarse a mirarlas todas, aunque fuera posible, así que daba una impresión elusiva. William no habría querido que lo obligaran a dar su opinión.

El pasillo conducía a un porche sombreado que daba a una arboleda y un parque. Todo el lugar estaba rodeado por paredes. Una mujer mayor (cabello lacio y gris, bata malva) estaba sentada en un diván de mimbre.

—¿Usted es el cantero?

—No, trabajo para él. Ayudo a encontrar el mejor modo de solucionar las cosas, un modo que deje contentos a todos. El epitafio, usted entenderá.

—No es muy importante contentar a nadie, salvo a mí. Soy yo quien compra la lápida. Soy yo quien conoce los deseos de mi esposo, que yacerá debajo de ella.

La mujer tosió violentamente, tapándose la boca con un cojín del diván.

—Hay que pensar en el cementerio —dijo William pacientemente—. No permiten cualquier cosa. Y en ocasiones el Estado ha derribado ciertos monumentos. Es mejor evitar esa situación.

—Entiendo.

William se sentó en una silla que le acercó el sirviente. Sacó una libreta de cuero del bolsillo, y un lápiz. Mientras la mujer lo observaba, sacó un cuchillo muy pequeño y afiló el lápiz. Luego abrió la libreta en una nueva página y escribió:

MONROE +

—Bien —dijo—, ¿qué ha pensado, ante todo?

—Paul Sargent Monroe —dijo la mujer—. Murió antes de tiempo.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Pero era bastante viejo, ¿verdad?

La mujer lo miró con gran seriedad.

—Noventa y dos.

—Bien, ¿está segura de que quiere que la lápida diga que murió antes de tiempo? No quiero decir que no podamos hacerlo. Por supuesto que podemos, si usted lo desea. Pero, en fin, no parece lo más acertado.

—Entiendo a qué se refiere —dijo la mujer.

Pensaron un minuto. Al fin ella rompió el silencio.

—Bien, podríamos cambiar la fecha.

—¿La fecha?

—Podría decir: Paul Sargent Monroe. Murió antes de tiempo. Y cambiar la fecha de nacimiento a veinticinco años atrás.

William movió los pies con nerviosismo.

—Supongo que es posible, pero...

—Verá usted —dijo la mujer—, cuando la gente visita un cementerio y ve la tumba de un hombre joven, se detiene y siente tristeza. Si alguien vivió noventa y dos años, la gente sigue de largo. No se detiene ni siquiera un instante. Quiero estar segura de que, bueno...

—Entiendo a qué se refiere.

Pasaron unos minutos más. En ocasiones William miraba su libreta. Allí había escrito:

MONROE +

Y luego una raya, luego:

PAUL SARGENT MONROE

Murió antes de tiempo.

Aspiró profundamente.

—Bien —dijo—, si quiere hacerlo de esa manera, quizá sea mejor que haya muerto en su infancia. Podría haber fallecido a los seis años, y la inscripción diría: Paul Sargent Monroe, amigo de los gatos. Evocaría un poco su personalidad, y ciertamente la gente se detendría a mirar.

Hubo una crispada pausa, interrumpida por un ataque de tos.

Había lágrimas de felicidad en los ojos de la mujer.

—Entiendo por qué lo enviaron a usted —dijo—. Tiene toda la razón. Eso es exactamente lo que haremos. A fin de cuentas, no importa cuál sea la verdad, ¿no? Se trata de que la gente se detenga y guarde silencio un instante. Quizá sea el atardecer y se dirijan a alguna parte, a un restaurante. Pararon brevemente en el cementerio, y entonces pasan frente a su tumba y... bien, se detienen un momento. Ahora sí que se detienen.

Le tomó la mano entre las suyas.

—Ojalá hubiera conocido a Paul. Le habría caído bien, y usted le habría caído bien a él.

—Le creo —dijo William—. Sin duda sería así.

Se puso de pie, cerró la libreta, se la guardó en el bolsillo. Partió el lápiz en dos y lo guardó en el otro bolsillo. Usaba cada lápiz solo una vez, para un solo epitafio. Llevaba tantos lápices como citas tenía, y afilaba cada uno al empezar.

—Adiós —dijo—. Le enviaremos una muestra para que vea cómo quedará la lápida, y usted podrá firmar la conformidad.

—Muchas gracias. Adiós.

Él se puso de pie y se dirigió al pasillo con mosaicos.

—¿Y sabe una cosa? —le dijo ella—. Él era amigo de los gatos. De veras lo era. De veras.

Él miró a la mujer, pero ella ya estaba ocupada con algo que tenía en el regazo, una caja con su contenido. No alzó la vista.



Luego llegó a un portón. Allí estaba Oscar, un hombre que conocía. Se quedó junto a Oscar un minuto.

Una multitud de niños atravesó el portón de Oscar, arreada por una matrona con un delantal severo.

Oscar rio.

—Cuando era niño me aterraban los caballos. Me inquietaba mucho su forma, y me horrorizaba saber que yo era el único. Una vez leí un libro sobre una guerra de hace mucho tiempo en que millares de caballos fueron exterminados con fuego de ametralladora. Eso me hizo sentir muy bien. En el libro había una foto en blanco y negro de un campo con hombres muertos y caballos muertos. La perspectiva del libro era que los caballos no tenían la culpa.

—Pero tú lo veías de otro modo.

—Yo lo veía de otro modo.

Pasó un viejo en un coche ruidoso. El coche tenía patente de otra ciudad. Estaba cargado de pertenencias. El viejo parecía muy cansado, y apenas aminoró la marcha. Estuvo a punto de atropellar a alguien cuando su coche apareció inesperadamente.

El hombre al que casi habían atropellado se había caído. Se puso de pie y atravesó el portón.

—Ese hombre tiene algo en el bolsillo que parece un arma, pero quizá sea un trozo de fruta. Si le disparasen por un trozo de fruta, sería una desgracia.

—¿Cómo crees que la policía secreta sabe quiénes pertenecen o no a la policía secreta? Por ejemplo, ese hombre con la fruta... si fuera un arma, ¿cómo sabrían si dispararle o no?

—Pero es una fruta.

—¿Y si le disparasen por eso?

—Conviene comer la fruta cuando la compras y no llevarla de aquí para allá, amigo mío. En todo caso, es más educado quedarse cerca del puesto y comer la fruta que llevarla a casa y apoyarla en una repisa.

—No estoy de acuerdo.

—Con esto no puedes no estar de acuerdo, William Drysdale. Así son las cosas. Nunca te he visto llevar fruta en el bolsillo.

—Porque temo que me disparen.

—Bien, a todos nos dispararán por algo. ¿Sabes que tengo una nariz de oro que compré hace mucho tiempo? Al parecer la gente perdía la nariz por culpa de la sífilis, y a veces usaba narices de oro.

—Es un modo muy torpe de cambiar de tema, Oscar. No hay una sola nariz de oro a la vista que permita seguir la conversación.

—Bien, creí ver una. Ahora se acerca un hombre con una nariz muy brillante. Tendría que tener cuidado, con esa nariz tan lustrosa. Podría

traerle problemas.

OceanofPDF.com



Continuó hacia la próxima cita. Se trataba de una casa en una hilera de casas idénticas, con la misma fachada y el mismo techo de pizarra. Las ventanas de la calle tenían rejas. En ese momento el cielo era abrumadoramente azul. Por primera vez en mucho tiempo, William bajó la vista y se miró las manos. Si han tenido esta experiencia, sabrán a qué me refiero.

Golpeó la puerta.

Al cabo de un minuto, oyó pasos. La puerta se abrió. Había un hombre y una mujer. Parecían ser un matrimonio.

—Me envía el cantero.

—Sí, lo estábamos esperando. Adelante, por favor.

Lo condujeron por la casa baja y oscura hasta el fondo, donde una ventana larga y angosta con muchos paneles cuadrados y claros ofrecía cierta iluminación. Era un cuarto con tres sillas.

—Pensamos que podríamos hablar aquí —dijo la mujer.

—Pensamos que aquí estaría bien —añadió el hombre.

—Está bien —dijo William.

Se sentó en una de las sillas y sacó la libreta. Se la apoyó en una rodilla. Sacó un lápiz sin afilar del bolsillo.

Luego sacó el cuchillo y empezó a afilarlo.

Miró a la pareja.

—Tengo entendido que la lápida es para la hija de ambos.

—Sí.

—Tenía nueve años, ¿verdad?

—Solo nueve años.

—Lo lamento mucho.

El hombre y la mujer se miraron.

—Yo tengo una hija de nueve años —continuó William.

La mujer se sobresaltó, como si la hubieran golpeado.

—Cuídela mucho —dijo—. Nuestra Lisa parecía indestructible, audaz, invencible. Pero solo se necesita... solo se necesita...

El llanto le ahogó la voz. El marido la rodeó con los brazos.

—Fue una teja de pizarra. Aquí en la calle. El viento la arrancó. Ella había salido a jugar y pasó una hora, dos, tres. Pensábamos que estaba con una amiga o... en fin, no sé qué pensamos. Lo cierto es que Joan salió a la calle para ver si Lisa venía, y...

El cuarto estaba vacío salvo por las tres sillas. No había ningún cuadro, no había mesa, solo paredes desnudas y esa ventana larga y angosta con paneles cuadrados. Cada panel era cuadrado, observó William por tercera vez. Los miró uno por uno: sí, todos cuadrados, vidrio de plomo.

El hombre intentó continuar, pero tardó un rato.

—Verá, la encontramos allí, frente a la casa, en el suelo. El resto estaba bien, solo la cabeza... bien, la teja había volado, y el viento le habrá dado impulso. Supongo que no hizo ningún ruido al caer.

—Lo lamento —dijo William—. Es una tragedia.

—Queremos que signifique algo —dijo la mujer—. Pensamos en ello, y con esto se puede lograr que signifique algo, ¿no le parece?

—No me cabe la menor duda.

—Pensamos que comenzaría con el nombre, como es la costumbre, y luego...

—Bien... Lisa Epstein. ¿Quieren el nombre en mayúsculas?

—Sí, mayúsculas grandes y claras.

—Quizá, quizá... —interrumpió el hombre—: Ella caminaba por la calle frente a nuestra casa, y anocheecía.

—Pensamos en algo así, con variantes. ¿A usted qué le parece?

Lo miraron intensamente.

—Es posible, quizá, veamos. ¿Qué edad tenía, exactamente?

—Nueve años y veinticuatro días.

Él se inclinó sobre la libreta.

Lisa Epstein

Caminaba por la calle frente a nuestra casa,
y anochecía.

Respiró profundamente y se reclinó en la silla. Cerró los ojos, los abrió, miró de nuevo. Miró el cuarto, eludiendo los ojos de la pareja. Dondequiera que tratara de mirar, sus ojos eran atraídos por esa angosta franja de luz, esa ventana de dieciocho paneles. Era la naturaleza del cuarto, y las tres sillas eran la expresión de esa naturaleza. Aunque no era exactamente así. No había tres sillas. Había dos sillas, y una que no se iba a usar. Se preguntó si estaba sentado en la silla que solía usar la niña. Incluso era posible que el cuarto hubiera cambiado por completo, que la niña nunca hubiera visto el cuarto tal como estaba ahora.

—¿Se sientan aquí a menudo?

—Nos sentamos aquí al anochecer.

Miró de nuevo la libreta. Lisa Epstein. Lisa Epstein.

Abrió una página nueva.

LISA EPSTEIN
9 años, 24 días

En nuestra calle, anohecía.

Les mostró.

OceanofPDF.com



Una cosa que se desarrolla en un niño (aquello que debe ocurrir específicamente, con precisión, para que haya éxito en alguna actividad) no es la prefiguración de esa excelencia, no. No es la capacidad para producir grandes cosas menores que vayan en ascenso, como una escalera. Es más bien una especie de apatía que se propaga a otros asuntos, despejando ese asunto en particular.

Pero también está el tema de las ADIVINANZAS que se deben aprender por cuenta propia o bajo una tutela muy violenta. No me molestaría que me dieran latigazos si eso significara que podría resolver todas las adivinanzas sin excepción. Sí, a William lo habían azotado hasta que aprendió de memoria todo el *Libro de Exeter*. No es de extrañar, pues, el ascenso a su segunda profesión, epitaforista.

Existe la teoría de que el sol está constituido por miles de soles que están en guerra con los demás. Es una teoría desacreditada, pero nunca la refutaron.



Se dirigió al siguiente lugar por una ruta oblicua, y atravesó varios callejones, que a la vez estaban conectados con otros callejones. Aquí se veía la parte trasera de las cosas: rota, destartalada, impenitente. Pero había observadores. Se veían caras bajo escaleras en ruinas y en la entrada de viviendas precarias.

En el primer callejón vio a un hombre que corría, y a varios hombres que lo perseguían. El hombre que corría andaba de un modo raro, como alguien que tiene las manos atadas. De los hombres que lo perseguían, uno empuñaba un palo con un alambre en la punta. Trató de atrapar la cabeza del primer hombre una y otra vez, pero él no se dejó alcanzar y dobló una esquina. Los otros siguieron corriendo, implacables, y todos se perdieron de vista.

¿Cómo hacía la gente del gobierno para reconocerse? La sencilla respuesta, la verdad del asunto, a juicio de William, era que no se reconocían. Muchos hombres del gobierno eran capturados por otros hombres del gobierno y llevados a la enorme celda de exterminio que según los rumores estaba en el centro de la ciudad (nadie la había visto). Una vez que lo capturaban, podían decidir si decía la verdad o mentía. Era un pequeño contratiempo que les permitía actuar sin uniforme, operar con impunidad.



El siguiente lugar era un comercio. Era una carnicería grande. Al entrar, se encontró en un sitio para gente de pie, frente a un mostrador de treinta metros de longitud. Detrás había diez o quince hombres vestidos con delantales largos y blancos. El mostrador era de madera con vidrio, y William jamás había visto tanta carne en un solo lugar.

Con esta descripción parece muy apacible, pero en verdad había docenas de clientes en fila, y los hombres que estaban detrás del mostrador se dedicaban industriosamente a cortar, rebanar, envolver, atar. Se esquivaban uno al otro, y también esquivaban filosas cuchillas con movimientos acrobáticos.

William sorteó la fila, y un joven con delantal se le acercó de inmediato.

—Tiene que esperar allí.

—No he venido a comprar nada.

—En tal caso, tiene que ponerse de aquel lado. Si solo quiere echar un vistazo, venga a una hora en que estemos menos ocupados.

—No, no, estoy aquí por un trabajo. El señor Denton me pidió que viniera.

—¿Denton? ¿Por qué no lo dijo antes? Acompañeme.

El muchacho miró la fila con severidad antes de alejarse, para asegurarse de que todos se quedaran donde estaban.

—Por aquí.

Acompañó a William hasta un extremo del local donde una pequeña escalera conducía a una puerta.

—Yo no paso de aquí —dijo el muchacho—. Espero que sea cierto lo que me dijo. A Denton no le gusta que lo importunen.

Bajó la escalera deprisa.

William abrió la puerta y entró en una de las habitaciones más pulcras y confortables que había tenido la suerte de conocer.

Había un sillón de cuero muy fino frente a una gran ventana que daba sobre el local. Alrededor había anaqueles llenos de libros de toda clase, aunque notó que muchos se relacionaban con el oficio de carnicero y la anatomía de los animales. Había una mesa de dibujo contra una pared. Toda la habitación estaba iluminada por velas, unas sesenta. Ante la mesa de dibujo, que se debía usar de pie, había un hombre corpulento e imponente.

—¿Señor Denton?

—Supongo que lo envía el cantero.

—Así es.

—Siéntese aquí, por favor. Traeré un banco.

Denton abrió un armario y sacó un taburete de tres patas. Lo puso junto al suntuoso sillón de cuero.

—Siéntese —repitió.

Era cincuentón, con cara curtida y ojos profundamente marrones, casi negros. Usaba el mismo delantal que los hombres de abajo, pero la suya era la versión definitiva.

William se sentó. Sacó la libreta. Se puso a afilar un nuevo lápiz.

—Bonito cuchillo —dijo Denton—. ¿Marzol?

—Así es —dijo William.

—Lo sabía. Tienen mucho filo, mucho filo. No le mentiré, yo tengo bastantes, aunque mucho más grandes. La única carne que se corta con uno de esos cuchillos es la garganta de un hombre.

William parpadeó, y trató de no amilanarse cuando el hombre se sentó en el taburete y apoyó un brazo fornido en el apoyabrazos del sillón de cuero.

—Bien, le diré de qué se trata. Mi padre ha muerto. Él fundó esta empresa. La transformó en lo que es hoy. Siempre hacen falta matarifes y carniceros, solía decir. ¿Sabe que él podía sacrificar una vaca de trece modos distintos? ¿Cómo se escribe un epitafio para un hombre así?

—Empecemos por Robert Denton —dijo William con voz pragmática.

—Robert Denton, en efecto.

—¿Ha pensado en algo? Algunos prefieren algo sencillo, conmemorativo, otros quieren que se sienta la presencia de la persona. A veces el epitafio es una broma personal, algo que solo el difunto entendería.

—Pensé en algo así —dijo Denton.

Se abrió la puerta, y un hombre casi tan corpulento como Denton entró en la habitación.

—Wilson se cayó debajo de un buey, y se torció la pierna.

—Bien, llama a Hal Sanderson. Él la enderezará. En cuanto al buey, ¿está muerto?

—Ya estaba muerto. Él lo bajó de una viga y se le cayó encima.

—Entiendo. Bien, son gajes del oficio.

—Ni más ni menos.

La puerta se cerró.

—Tengo algo —dijo Denton—. A menudo decía que podía desollar un cerdo con las luces apagadas. Incluso decía que lo había hecho una vez, aunque yo no lo vi.

—Eso está bien —dijo William—. Eso está muy bien.

Escribió:

ROBERT DENTON

Podía desollar un cerdo en la oscuridad.

—Me gusta —dijo Denton.

William fue hacia la puerta.

Se dieron la mano.

—Ahí abajo me hicieron pensar que sería difícil tratar con usted —dijo William.

—No se engañe —dijo Denton—. Soy un hueso duro de roer. Solo me sorprendió en un momento de debilidad.

—Bien, me pondré a trabajar en esto.

Denton asintió.

OceanofPDF.com



Salió de nuevo a la calle. Un hombre le rozó el hombro. Era... William desvió la vista.

—¿Will? —dijo el hombre.

Will no se detuvo.

—Eres tú, ¿verdad? —dijo el otro, alcanzándolo—. Claro que sí. Hace tiempo que no te veo. Es una suerte que nos hayamos cruzado.

Will siguió andando, sin mirar al hombre.

—Will, necesito hablarte. ¿Me oyes?

Aferró el brazo de William y lo obligó a girar.

—¿Quieres sentarte conmigo, en aquel café?

—No deben vernos. Vuelve dentro de cinco minutos.



—¿Entiendes lo que digo? Esto es crucial. Nos incluye a todos. Todos pueden intervenir, en cierto punto.

Un hombre de bigote largo y chaqueta militar le murmuraba a la sopa. Este hombre había llegado cinco minutos después de William. Se había sentado a una mesa cerca del frente, pero luego volcó una botella de vino y pidió otra mesa. Lo habían mudado a la mesa contigua a la de William. Este hombre era amigo de William. Hacía cuatro años que William no le hablaba.

—No sé a qué te refieres —dijo William.

—Hasta tú —dijo su amigo—. Hasta tú te tienes que haber enterado.

—Me parece igual que las purgas. No me interesa.

—No es lo mismo, en absoluto. Lo otro consistía en que ellos nos mataran a nosotros. Esto consiste en que nosotros los matemos a ellos.

El bigote de su amigo se movía ornamentalmente mientras él hablaba con frases precisas y contundentes. Era como si hubiera ensayado la conversación.

—¿Ensayaste esta conversación?

—¿Y si fuera así?

—Me haría pensar que la consideras importante.

—Es importante.

—¿Entonces la ensayaste?

—Quizá.

—Si la ensayaste, ¿quién me representaba a mí?

—Whalen.

—No me digas. ¿Whalen? ¿Todavía anda por ahí?

—Por supuesto.

—No importa. Tengo que pensar en Molly.

—Ven esta noche, por favor. La dirección está en esa hoja. Es necesario. Louisa lo habría querido. Lo sabes.

William se acercó la mano a la cara. No dijo nada.

La cara de su amigo, que no lo miraba, y le hablaba a una mesa vacía de la derecha, adoptó una expresión levemente cruel.

—Si no hay otra cosa que te afecte, te diré algo que me proponía decirte en un lugar más íntimo. Hemos tenido noticias de Louisa y de lo que le pasó.

William tembló y a su pesar fijó los ojos en ese hombre que parecía haber salido de la nada, una aparición súbita y escalofriante.

Su amigo se puso de pie, y William lo vio atravesar la puerta que conducía al baño. No regresó. Era un método típico para salir de un restaurante. Si William hubiera sido de los que se reunían con gente en un restaurante, quizá habría empleado el mismo método, pero no lo era.

OceanofPDF.com



Se quedó sentado, con la hoja arrugada entre las manos. Una dirección. Hacía tiempo que no visitaba la casa de nadie. Ni siquiera sabía cómo hacer semejante cosa. Y en este caso, si iba allí a las ocho, tendría que regresar después del toque de queda, un peligro en sí mismo, un peligro que hacía años que no afrontaba.

Cualquier peligro para él era un peligro para Molly. ¿Pero eso no era una mera excusa para la cobardía?

Y Louisa, quizá pudiera saber algo sobre Louisa. Se volvió a sentir como el día en que ella había desaparecido, y volvió a tener esa sensación de espera, de espera inquieta, pero ahora teñida con pesadumbre y abatimiento. Sacudió la cabeza como para quitarse un peso de encima.

El día anterior, Molly le había dado un papel. Ese papel no tenía una dirección. Ese papel decía:

Hoy soy un elefante. Necesitaré mucho espacio y también un tazón de agua en el piso.

William había sacado el tazón más grande del armario, lo había llenado de agua y lo había puesto en el piso.

Había encontrado un cartón y había escrito:

SOLO PARA ELEFANTES.

Había puesto el cartón junto al tazón de porcelana.

¿Se estaba transformando en un cobarde?

OceanofPDF.com



En tal caso, ¿qué era lo peor?

Que no hay nada peor que ser la hija de un cobarde. Al menos, eso piensa el cobarde.

OceanofPDF.com



William terminó de almorzar en silencio. Puso la información que había obtenido en una caja y cerró la caja. Actuar de otro modo sería dar indicios de que había obtenido nueva información y esa conducta (que sugería nueva información) es lo que alerta a los que buscan traidores. Ni siquiera debía pensar en la información que había obtenido, que en definitiva no era nada. Solo una idea, la esperanza de una idea. Por el momento, debía deshacerse de ella.

Pidió sopa de arvejas con pan fermentado. La sopa tenía mucha pimienta y eso le agradaba, pero no estaba conforme con la cuchara que le habían dado, demasiado chata para comer sopa. Se puso a remojar el pan en la sopa, alternando el pan con las cucharadas. Lo había calculado de tal modo que al terminar la sopa comería el último trozo de pan. Sin embargo, la cuchara era tan chata que era un plan difícil de ejecutar.

A su pesar, volvió a pensar en Gerard. ¿Qué podía saber él?

No tenía que ir. No iría. Era imposible. Pero tenía que ir, por supuesto.

Sí, hay veces en que nos piden algo y descubrimos que debemos hacerlo. No hay ningún cálculo, no se mide la necesidad de la cosa misma, del acto que se debe realizar. Hay solo el reconocimiento de que haremos la cosa en cuestión, y luego está hecha, a menudo a un considerable costo personal.

¿Qué incide en estas decisiones? ¿Qué factores diminutos, invisibles, en los rebordes de la personalidad y la circunstancia, contribuyen a que sean

inevitables?

El restaurante estaba tranquilo. Una pareja, sentada frente a él, susurraba. En la mesa tenían una jarra llena de agua. William veía la cara de la mujer a través de la jarra, pero distorsionada. Le parecía que estaba llorando, pero luego ella se movió en la silla, y William vio que no lloraba.

Los mozos esperaban junto a la puerta de la cocina, y ellos también deliberaban en voz baja.

Soplaba una pequeña brisa, como el movimiento de un dedo, que iba y venía.

Fui un gran violinista, pensó William. ¿Qué significa eso?

OceanofPDF.com



Regresó por el mismo camino. Veía el portón desde cierta distancia y, a través del portón abierto, la silla doble. Se veía la nuca de Oscar. El portón abierto dejaba entrar luz, y la luz formaba una zona oblonga que dejaba la silla como alumbrada por candilejas.

Hay un momento en la ejecución de una pieza para virtuosos en que el violinista debe dejar de pensar en la música, debe dejar de pensar en los dedos, incluso en manos y violines, para manipular directamente el sonido. En esos momentos, es desastroso recordar que uno tiene manos, que uno está tocando.

William había actuado muchas veces en público, tocando esas piezas, y era así como procuraba controlar el transcurso de su vida, con destreza y sin reflexiones previas, pero con precisión y gran cuidado. Se trataba de ceder el paso a lo que era enorme, lo que era profundo, sin limitarlo.

¿Y si lo obligaban a abandonar la música? Lo habían obligado. ¿Y si lo obligaban a perder a su esposa? La había perdido.

Ahora estaba más cerca, y veía el portón, y la pared, y la garita. Todo estaba destinado a vigilar a las personas. A trazar zonas donde se sintieran vigiladas y zonas donde no se sintieran vigiladas. Era una superficie más encima de las otras superficies.

Se detuvo junto a la pared para reflexionar sobre su actitud.

Pasó una hora, y el sol se debilitaba junto al portón. En la larga tarde, pasaron todo tipo de personas.

OceanofPDF.com



Una mujer joven con una falda muy corta y una blusa liviana salió de un edificio lejano. Como era muy hermosa, la vio desde lejos y por la misma razón la observó mientras ella atravesaba la calle y el portón. Llevaba su hermosura con indolencia, y a nadie dejaba indiferente.

Estaba a punto de dejar caer algunas de las cosas que llevaba, y de hecho las dejó caer varias veces mientras se acercaba al portón. Pero en cada oportunidad, alguien se acercaba a recoger el objeto y se lo entregaba, y ella lo aceptaba, y siempre parecía sorprendida de que se le hubiera caído algo.

Cuando se acercó más, William vio que un lado de la cara de la joven estaba horriblemente deformado. Por eso se le caían cosas. Tenía que caminar de un modo muy especial para mantener oculto un lado de la cara.



Apuró el paso para llegar a la siguiente cita. No se apresuraba porque temiera llegar tarde, sino porque era la apariencia de los ciudadanos virtuosos: se apresuraban.

Encontró la casa cerca de la estación de ferrocarril. Era un edificio grande con muchos departamentos. Afuera había un letrero enorme. Decía

LA VERACIDAD ES INEVITABLE

en letras de diez metros de altura. Debajo decía, en letra pequeña: Ministerio de Gobierno 6. William siempre se preguntaba dónde se encontraban los ministerios de gobierno. Su ubicación no era de conocimiento público. El sistema era prácticamente invisible.

El portero, que usaba un vistoso uniforme con costuras doradas, le indicó que pasara. No había ascensor. En cambio, una majestuosa escalera, normalmente utilizada para bajar.

Muchas lámparas bonitas aquí y allá. Departamento 3L. Golpeó.

Abrió la puerta una muchacha en bata.

—Entre, señor Drysdale.

William asintió.

—Lo esperábamos —dijo, y lo condujo al living.

Allí, una pareja mayor, los padres de ella, estaba sentada entre muebles lujosos. Ella se sentó, y él también.

La pareja mayor lo inspeccionó en silencio.

—Él era el marido de ella.

—Nuestro yerno.

—Murió de noche, hace dos semanas.

—Dos semanas y tres días —dijo la muchacha.

—No hay cuerpo. Se llevaron el cuerpo. Lo han...

—Acusado —dijo la muchacha—. No creo que lo sepultemos. Aun así, nos gustaría una lápida.

—Para que ella la visite —dijo el padre.

—Nosotros la acompañaremos, desde luego —dijo la madre.

William sacó la libreta. Sacó un lápiz y el cuchillo. Afiló el lápiz.

En la parte superior de la página escribió:

?

Alzó la vista.

—¿El nombre?

—Jacob Lansher.

—¿Han pensado en lo que quieren poner en la lápida?

Entretanto, escribió en la página:

Jacob Lansher

El aspecto de la habitación era realmente notable. Estaba llena de objetos de contrabando. Era sin duda la casa de un ministro del gobierno, o eso parecía. Sin embargo, un esposo había desaparecido.

—Era escritor —dijo la muchacha.

—No exactamente —dijo el padre.

—Lo era.

—Dora —le reprochó la madre—. Estabas de acuerdo.

Dora desvió la vista.

La madre entregó a William un papel. Decía:

Jacob Lansher

Esposo ejemplar, hijo devoto.

—Es lo que hemos convenido.

—Me niego —dijo Dora—. Él habría odiado eso.

—Él tomó su decisión —dijo el padre.

Dora se puso de pie.

—Sabes más de lo que dices.

—En tal caso —dijo el padre—, tienes suerte.

La muchacha salió airadamente de la habitación. William se quedó mirando a los padres.

—No nos disculparemos por ella —dijo la madre—. Es una mujer adulta.

—Él era un disidente —dijo el padre—. No podía cambiar. Siempre estaba pensando en cómo eran las cosas. Fue su perdición.

William escribió:

Jacob Lansher

Esposo ejemplar, hijo devoto.

Cerró la libreta. Se guardó el lápiz en el bolsillo.

—Se hará como ustedes dicen.

—Gracias. Dígales que envíen la cuenta.

William se levantó, saludó con un cabeceo y fue a la puerta por el vestíbulo. La abrió y la cerró. Fue hacia la escalera

y se quedó

un

minuto,

luego

otro.



La puerta del departamento se abrió. Salió la muchacha. Se acercó a la escalera.

William sacó el lápiz del bolsillo y abrió la libreta.

—Habrás dos lápidas —dijo—. La primera será como ellos dicen. Usted elige la segunda. No podrá visitarla a menos que esté segura de que no la siguen. ¿Entiende?

Dora murmuró un sí.

William escribió en una nueva página:

Jacob Lansher

Y abajo

John ACBLASER

luego

John Cable Ras
John Carables
John Sarcable

—Sarcable —dijo.

—Eso está bien.

William se apoyó en la barandilla y entornó los ojos. Escribió en la página.

—Eso está bien —repitió la muchacha—. John Sarcable. En otro lugar y amado.

Sonrió.

—Gracias, y una cosa más. Mármol blanco, y deje espacio, para cuando muera la esposa.

Él partió el lápiz en dos y se guardó los pedazos en el bolsillo.

—Adiós.

OceanofPDF.com



William se detuvo en el último escalón, y pensó por un instante en la escalera por donde lo habían arrojado cuando era niño. Fue un accidente. En la oscuridad del edificio, una mujer creyó que él era su hijo y con gran furia lo lanzó de cabeza. El hijo también estaba allí, pero no fue arrojado.

William se había roto las dos manos, y habían sanado de un modo extraño. Más tarde los aficionados pensaron que la rotura de las manos era una ventaja en su ejecución del violín, y hubo una infortunada racha de rotura de manos que continuó hasta que se vio que era imposible reproducir el accidente.

La mujer fue a la cárcel y se suicidó ahogándose en un lavabo. William nunca supo qué le pasó al hijo, pero a menudo pensaba que si su vida fuera un libro, el niño aparecería en algún momento para sufrir un golpe terrible destinado a William.



La última cita. Tuvo que salir por las puertas de la ciudad y recorrer un trecho hasta llegar a una zona costera y un puerto. Pasó frente a una mujer que ponía afiches que decían MI ESPOSO HA DESAPARECIDO Y DEBO ENCONTRARLO, con la foto de un hombre maduro de pie en una puerta, usando un traje prerrevolucionario. William no la miró a los ojos.

En el último muelle había una cabaña con un letrero que decía:

PESCADO, si USTED GUSTA.

Golpeó la puerta de la cabaña, que hizo un ruido espantoso.

—¡Ya voy!

Un joven abrió la puerta.

—¿Sí?

—Me manda el cantero.

—¿El cantero?

—Sí, por la lápida.

—Ah, el cantero... sí, bien. Lo invitaría a entrar, pero sospecho que no le gustaría para nada. Imagínese, yo vivo aquí y no me gusta para nada. Sería mejor que nos sentáramos en aquel banco.

Señaló un banco en una loma que dominaba el puerto.

—Seguro.

El joven le dio la mano.

—Bien, esto le puede parecer raro, pero la lápida que quiero es para mí.

William asintió.

—Ningún problema. ¿Piensa... llenarla pronto?

—¿Llenarla?

El joven se sonrojó.

—¡Claro que no! Yo solo, en fin... me explicaré.

Subieron la loma y se sentaron en el banco. El joven usaba ropa impermeable de pescador, que estaba muy sucia. Tenía un lustre de buena salud y una cara delgada pero radiante. Parecía un sujeto muy feliz.

—Tengo la teoría —dijo el joven— de que una persona debería preparar su lápida en el momento más feliz de su vida. Ahora me encuentro bien, sin ningún motivo, soy tan feliz como es posible serlo, así que ayer decidí preparar mi lápida. No quiero nada triste en ella. Solo alegría, ¿entiende?

—Hay un peligro —dijo William.

—¿Cuál es?

—Bien, aunque usted ahora entiende que es el momento más feliz de su vida, ¿qué sucedería si, en los años venideros, usted fuera aún más feliz?

—¡Prepararía otra lápida! Ya lo hice tres veces.

—¿Y qué decían las otras?

—Ah, no se lo puedo decir. No quiero que influyan sobre esta.

—Comprendo. De acuerdo, ¿qué tipo de epitafio le interesa? ¿Quiere que sea una declaración general, un mensaje personal, una advertencia? ¿Qué le parece?

—¿Una advertencia?

—Bien, algunos preferirían algo así como “Cuidado”, o “El infierno asoma la cabeza”.

El joven se echó a reír a carcajadas.

—Nada de eso, de ninguna manera. Quizá algo sobre mi cabaña. Acabo de comprarla.

William sacó el lápiz y lo afiló. Abrió la libreta.

—¿Su nombre?

—Stan Milgram.

William escribió:

Stan Milgram

Habitante de cabañas

—Eso no es muy exacto —dijo Stan—. Es solo una cabaña. Además, quizá la cabaña no sea importante. Yo solo... bien, todo surgió del taller de poemas funerarios. La gente preparaba un poema funerario, para tener la certeza de que saldría bien. Pero yo quiero que refleje estos días brillantes que disfruto hoy.

—¿A qué se dedica?

—A la pesca, y me quedo sentado en la cabaña, leyendo.

—¿Y si fuera un catálogo de su día? Cuénteme cómo fue su día, qué sucedió.

Stan le refirió en detalle los acontecimientos del día.

—Muy bien, entonces.

William pasó a una nueva página.

STAN MILGRAM

A las 4: se levantó, ya vestido, y fue al bote.

A las 5: en el agua, hacia los bancos de arena.

A las 6: una red tras otra de peces que se debatían.

A las 7, a las 8: lo mismo.

A las 9: regresó al muelle.

A las 10, a las 11: leyó “La urna” de Moore; comió una cebolla, queso, pan integral.

A las 12: cerró los ojos un instante.

A las 16: despertó, se reunió con el epitaforista, consignó esta crónica.

—Me gustaría ver una lápida así —dijo Stan con orgullo.

—También a mí —dijo William.

—La letra tendría que ser pequeña.

—Ningún inconveniente.

—No, ¿verdad?

—En absoluto.

—Quedamos así, entonces. Gracias. Por cierto, ¿cómo obtuvo este trabajo?

—Siempre fui hábil con las adivinanzas, y he memorizado las obras completas de cinco poetas que puedo recitar a pedido. Hace cuatro años, cuando ya no pude hacer el trabajo que hacía antes, vi un anuncio en el diario. Decía: *Puesto que requiere ingenio, compostura, discreción, horarios irregulares, criterio y elocuencia. Candidatos indignos no presentarse.* Yo fui el único que se presentó.

—Esas cosas —dijo el joven—. Esas cosas me resultan fáciles de entender. Creo que así tendría que funcionar todo.

William sonrió, le dio la mano, partió el lápiz en dos, se guardó la libreta y emprendió el regreso hacia las puertas.

OceanofPDF.com

EL CANTERO

tenía algunas casas pequeñas junto al cementerio, en medio de un patio. Como cabe imaginar, una alta pared de piedra rodeaba el lugar. La hierba era corta, amarilla e irregular. Los árboles eran añosos y augustos.

Brotaba humo de la chimenea de una de las casas. William se dirigió hacia ella.

—Mercer —dijo—, un buen día de trabajo.

—No esperaba menos.

Mercer, un cincuentón de cara rubicunda y manos diestras y gruesas, estaba labrando un trozo de granito. Interrumpió su tarea y fue con William a la habitación contigua, donde estaba el hogar. Se sentaron.

—Veamos.

William le entregó la libreta.

Mercer leyó lentamente, cabeceando a veces, moqueando, entornando los ojos.

—Entiendo —dijo.

Se puso la libreta sobre las piernas.

—¿La muchacha es de fiar? Esto podría traernos problemas, y por nada.

—No es por nada.

—No, no es por nada. ¿Pero es de fiar?

—Creo que sí.

—Buen trabajo, entonces. Me encargaré de todo. ¿Cómo está Molly?

—Parecía feliz.

—Todos los días recito ese poema que escribió para mí. Desapareció el papel en que lo escribió, pero recuerdo el poema.

—¿Cuándo fue eso?

—El último invierno. Se pasaba aquí el día entero mientras tú atendías a los clientes.

—Me acuerdo.

—Se me acercó, y yo estaba cincelandó, en plena tarea, ya sabes, y ella tenía un papel. Decía “Mercer”, y debajo: “para recitarlo por la mañana”, y debajo el poema.

—Te pregunté qué era y no quisiste decirme, y le pregunté a ella y tampoco quiso decirme.

Mercer sonrió.

—Es ese tipo de cosas. No es algo que se anda divulgando.

Se puso a toser de nuevo. Al fin se calmó.

—Al venir aquí esta mañana, vi que mataban a una mujer.

Una de las manos nudosas aferraba la otra.

William esperó.

—Estaba bajo el puente peatonal de la calle Siete. Oí un grito y ella cayó, aterrizó a seis metros de mí. Luego, en el lugar de donde había caído, una cara que miraba hacia abajo.

—¿Ella parecía policía?

—¿Qué aspecto tiene un policía, hoy por hoy?

—Así que el cuerpo estaba ahí, y seguiste de largo.

—Miré para ver si estaba muerta, y lo estaba. Y bien muerta. La gente no cae como los gatos. Ni siquiera los gatos caen como los gatos. ¿Alguna vez lo has visto? ¿Cuándo hace un gato algo que sabe que un gato no debería hacer? Los gatos no se avergüenzan de nada.

Se echó a reír.

Había una pequeña cocina, y William puso a calentar la tetera. Los dos hombres se quedaron sentados mientras hervía el agua, y luego Mercer preparó el té.

—Prefiero las buenas hojas de té —dijo—. En una bonita lata.

—Si viera alguna, la traería. Hoy en día no se consiguen.

Había un libro allí, sobre viejos diseños de lápidas. William lo hojeó.

Había muchas que le gustaban, y se las mostró a Mercer. A Mercer le gustaban las mismas. Se quedaron sentados, juntos, disfrutando de las mismas lápidas.

El cantero recogió su buril. Era una espléndida herramienta, una herramienta vieja, muy pesada. A William le agradaba mucho Mercer y todas las cosas que poseía. Uno conoce pocas personas que le agraden por completo, y él era una de esas personas.

—Mantienes afilado ese buril.

—Me gusta pensar que arrancaría el corazón de una oveja sin que el animal se diera cuenta. Solo un martillazo, y un leve giro.

—Pero siempre te han gustado las ovejas.

—Me gustan, me gustan. Pero estoy hablando del buril, ¿entiendes?

El ronroneo de un avión llegó desde el aire, pero ninguno de los dos miró hacia arriba o dio señas de notarlo.

—La lista de mañana está junto a la puerta —dijo al fin Mercer.

Le entregó la libreta a William. William arrancó las páginas y las dejó.

—Mármol blanco para la última —dijo—. Y me pidió que le dejemos espacio.

—Últimamente todos planeamos nuestra muerte.

—Hasta mañana, entonces.

OceanofPDF.com



A las seis fue a buscar a Molly y tomaron una limonada a orillas del lago.

*¿Podemos alquilar un bote para ir a la isla?

*No.

*¿Y mañana? ¿Podemos hacerlo mañana?

*No.

Molly jugó en los enormes robles nudosos que estaban en el parque desde hacía más de un siglo. Las ramas eran largas, curvas y frondosas. Casi todas eran fáciles de trepar, y Molly se había trepado a casi todas.

Había un hombre vendiendo diarios. William compró un diario, pero no lo leyó. Quedaba mal eludir el diario; uno lo compraba, pero no tenía que leerlo.

Hacía más de cuatro años que no tocaba el violín. Ya no había espectáculos musicales. Ya no había espectáculos de ningún tipo. Había un nuevo ideal, y uno podía sentarse en medio del público para escuchar a la gente que hablaba del nuevo ideal, pero nada más.

Gran parte de su vida en los últimos años había consistido en tratar de que las cosas no empeorasen. Mediante una serie de hábitos, intentaba aislar y

proteger la vida que llevaban Molly y él, para que nadie la invadiera ni la alterara.

Había hecho esto de varias maneras. Primero, compró un departamento en una zona de la ciudad que tenía fama de ser muy tranquila. Decidió no tener amigos, ninguno en absoluto. Dejó de hablar con los amigos que había tenido. Consiguió empleo como asistente de un cantero. Molly y él vivían austeramente, y usaban ropa vieja. Juntos hacían cosas sencillas en silencio. Habían aprendido juntos el lenguaje de señas, pues Molly no podía hablar. Él le enseñó a leer por su cuenta, y le enseñó matemática por su cuenta. Le enseñó a usar un ábaco. Le enseñó todo lo que ella necesitaría saber en la escuela, y lo hizo cuando ella tenía cinco y seis años, antes de empezar las clases. En consecuencia, la escuela no tendría dificultades para ella, y su mudez no sería un problema.

Todas las noches cenaba con Molly en un café a poca distancia de la casa. Molly a veces jugaba con un chico que vivía en el mismo edificio, y entretanto William se sentaba a leer frente a la ventana, o repasaba un volumen de partidas de ajedrez con un pequeño tablero de madera. Le encantaban las jugadas de Chigorin, y también las de Spielmann. Ninguno de los dos había sido el mayor ajedrecista de sus tiempos, pero sus partidas estaban llenas de sacrificios y de jugadas audaces e inventivas. Por esas cosas, se decía William a sí mismo, por esas cosas...

No había ninguna diferencia entre un día y otro. El fin de semana se había abolido. La idea era que había sido un modo morboso de encarar las cosas, una especie de enfermedad que había producido una decadencia moral general. Muchos modos de encarar las cosas eran débiles, y había que cambiarlos.

*Hoy tuvimos una persona nueva en la escuela.

—¿Una mujer?

*Un hombre.

—¿Viejo?

*Más bien joven.

—¿Apuesto?

Molly hizo una mueca.

—¿Tan feo es?

*Escribió un libro de historia. La historia del país.

—¿Y cómo anduvo todo?

*Jim lo escupió y se llevaron a Jim a la sala de al lado por un rato.

—¿Conque Jim es un enamorado de la historia?

Molly se rio, pero sin reírse del todo.

William también se rio.

*Solo escupe a los maestros.

Una onda cruzó el lago y desapareció, como si hubiera emergido un pez, pero no había ningún pez.

—Hay un juego —dijo William— en que tratas de arrojar una piedra a gran altura para que haga ese ruido, el ruido de un pez en la superficie del agua. No es fácil de lograr.

William arrojó una piedra a gran altura, pero cuando chocó contra el agua hizo un ruido de piedra.

*Ya ves —dijo con señas.

*Léeme el diario.

Ella le codeó el brazo.

*No quiero.

*Vamos. Aquí. Es muy interesante, mira.

—Está bien, está bien.

Se sentó junto al árbol. Era un juego que jugaban. Él desplegó el diario. Molly se sentó con la espalda contra él.

—El 14 de julio se descubrió a un hombre que caminaba aturdido cerca del tribunal. Él alega que se pasó los últimos quince años dormido dentro de una colina.

*Veinte es mejor.

—De acuerdo, veinte años, los últimos veinte años. Estaba muy confundido por los grandes estandartes que veía por todas partes, y por el cambio de gobierno. La policía lo ha detenido para interrogarlo. Se cree que está fingiendo, y que en realidad no durmió dentro de una colina.

*Eso no me convence —dijo Molly—. No hagas que esté fingiendo.

—De acuerdo, probemos de nuevo.

Se quitó el sombrero y lo apoyó en el suelo, se aclaró la garganta.

—El 15 de julio encontraron a un hombre en estado de confusión cerca del edificio del tribunal. Él alega que pasó los últimos veinte años dormido dentro de una colina. Tras investigar mejor el asunto, las autoridades han descubierto la colina en cuestión, y en su interior una trinchera. El hombre se negó a responder a los interrogatorios, y escapó por el grifo de una pileta. ¡Cuidado con el fugitivo!

Molly se alisó el vestido, pero no sonrió. No tenía la costumbre de sonreír cuando oía algo gracioso.

*Conque esa es la noticia.

De pronto estaba oscureciendo. Las luces se encendieron automáticamente en las calles, y a orillas del lago. Sonó una campana, y era un cambio de turno. Salieron obreros de las casas, y emprendieron la marcha hacia las fábricas de los suburbios.

*Ojalá pudieras tocarme una pieza en que se oyera el movimiento de las cortinas. Rasparías las cuerdas y las cortinas se moverían.

—No digas esas cosas.

Molly se acurrucó contra él.

Tomaron por un sendero para volver a casa, él murmurando, ella gesticulando, él mirándole las manos en el oscuro atardecer.



Cuando llegaron a su calle, había una multitud reunida alrededor de un hombre que parecía estar dormido en el suelo. Tenía ropa de mimo, con la cara pintada y guantes delgados. De pronto se incorporó y se quedó tieso.

Otro mimo pasó por la calle, marchando como un soldado. Marchando, marchando, marchando, y a los dieciséis pasos se puso en cuatro patas para correr como una manada de lobos, abriendo las fauces y mostrando los dientes. Se volvió hacia la multitud y se abalanzó sobre la gente. Gritos y confusión. El otro mimo se puso a dirigir una orquesta, y de pronto el mimo soldado tocaba instrumentos de todo tipo, alternando en filas de asientos invisibles con instrumentos invisibles. El mimo director formaba parte del público invisible, y se enjugaba las lágrimas con un pañuelo.

Luego un grito:

—¡Ahí vienen!

—¡Cuidado! ¡A correr!

La orquesta arrojó los instrumentos al aire y echó a correr frenéticamente hacia el parque. Sí, dos hombres harapientos se perdieron en la arboleda.

*¿Lograrán escapar?

Molly aferraba la chaqueta de William con fuerza.

*¿Lograrán escapar?

—Ya han escapado. Lo tenían planeado así. Por eso, aunque los atrapen, no pueden atraparlos. No serviría para nada, salvo para mostrar que son lo que dicen que son.

Molly lo interrogó con la mirada.

—Son estudiantes —dijo William—. Es su modo de resistir, típico de su juventud. Si los atrapan, solo logran que se les unan otros. Así que en cierto sentido ellos quieren que los atrapen. O correr el riesgo de que los atrapen, siempre.

*¿No quieren escapar?

—En realidad no.

*Pero si los atrapan, ¿no los...?

—Sí, es lo que han elegido, estar vivos sin dar excusas.

*¿Sin dar excusas?

—No quieren pedir permiso por nada, y menos por estar vivos.

*¿Pero podrían ganar? ¿Qué sucedería si ellos ganaran?

Molly miró a William inquisitivamente.

—Siempre hay varios tipos de resistencia. Este es un tipo. Su resistencia es contra el gobierno y contra el mundo en general, contra la existencia, contra el mero hecho de ser. Hay otros que quieren...

Se agachó y susurró al oído de Molly.

—Derrocar al gobierno y reemplazarlo por otro. Por eso muchas personas están muriendo.

*¿Qué cambiarían ellos?

—Ante todo, no tendrías que ir más a esa escuela.

Molly aplaudió con entusiasmo.

*¿Cuándo crees que ocurrirá?

—Oh, no lo sé. Primero tendría que pasar algo terrible.

Molly pensó un poco en eso y luego pensó un poco más, y entonces ya estaban de vuelta en el departamento y William iba de aquí para allá, prendiendo las luces.

OceanofPDF.com



—Voy a reunirme con unas personas. Es importante, así que tengo que hacerlo. Cenarás con la señora Gibbons. Iré a hablar con ella.

Molly no dijo nada, pero lo miró con mala cara.

—Debes aceptarlo.

Molly siguió mirándolo.

—Quiero decir que es lo mejor. No puedes quedarte sola.

Molly se tapó la cara, le dio la espalda, se sentó en el piso.

—Oye.

Él la alzó y se dispuso a decirle que no debía preocuparse, alguna frase tierna y trillada. Pero no dijo eso.

En cambio:

—Querida, debemos recordar cómo se portan los elefantes.

Molly recobró la compostura y accedió, pero de pronto se resistió y se arrojó al piso.

—¿Qué pasa?

*Acabo de acordarme de algo.

Señalaba con la mano a William, aún boca abajo en el piso.

—¿Qué recordaste?

*Los elefantes son juguetones. No se portan bien. No tienen por qué.

—¿Y cuál sería la solución?

*Ya sabes.

—No hay tiempo.

*Uno corto. ¡Corto!

UN CORTO JUEGO DE ESTO Y AQUELLO

que es un juego de pistas escondidas entre cosas de la casa, lleno de mensajes y adivinanzas.

Era una herencia familiar y Molly lo adoraba más que ninguna otra cosa.

—Ve a sentarte junto a la ventana y mira para afuera.

Molly protestó en silencio.

—Andando.

*Ya voy.

William encontró una libreta, tijeras, hilo y un lápiz. Se sentó en el borde de la mesa y dio un vistazo al cuarto.

¿Cómo empezar?

Había una foto de un pájaro cayendo de un nido. Buen lugar para comenzar, ¿no?

William escribió la primera instrucción:

*Una persona sale de la casa por una ruta infrecuente.
Si dejara algo atrás, ¿dónde mirarías? ¿Atrás?*

Continuó con su trabajo, y en ocasiones oía el sonido del reloj y se apresuraba.

OceanofPDF.com

¡Al fin, terminado! Una brisa entraba por la ventana y recorría el cuarto, haciéndose notar aquí y allá. William habría sonreído, si hubiera sido de los que sonríen. Uno envidia a esa gente, la gente que no sonríe. Los demás andamos por el mundo como idiotas, y ellos conservan la dignidad. No sonriamos nunca más.

—Molly.

(Ella miró y bajó del alféizar).

—Aquí tienes.

Un papel, pulcramente redactado.

EL SEXTO ESTO Y AQUELLO

Por W. para M., al final del día.

Comenzando por la mesa, como bien sabrás

Molly corrió a la mesa y levantó el papel.

Decía:

*Una persona sale de la casa por una ruta infrecuente.
Si dejara algo atrás, ¿dónde mirarías? ¿Atrás?*

Ella comenzó a pasearse por el cuarto, la vista gacha, tamborileando con la mano en la falda del vestido. Entretanto la otra mano parloteaba consigo misma.

*¡Ajá!

Ante la fotografía del nido,

se detuvo. Alzó la mano, levantó el marco. Cayó una nota sujeta con un hilo. La sacó.

Decía:

Aunque el atleta me necesita, también soy su infección. Si un rifle consiste en círculos dentro de un círculo, yo también circulo. Soy una vieja medida, creada por un rey, y cuando la gente habla de mí, ha olvidado quién soy.

Molly frunció el ceño. Miró en torno con suspicacia.

*No sé qué es esto.

William sacó una naranja de un cesto que había junto a la cocina, la peló y comió un gajo.

Molly seguía con su suspicacia. Esta vez no caminó, sino que se quedó moviendo la cabeza levemente de derecha a izquierda.

*¿Otra pista?

—¿Cuántas pistas necesitas?

*Una más, ¿sí?

William comió otro gajo.

Molly se sentó y se levantó de inmediato. De la parte de atrás de su zapato, arrancó la otra nota con el hilo.

*El pie. Qué rebuscado.

Esta nota decía:

Pájaros de papel en cielos turbulentos.

Molly caminó despacio hasta la ventana y se sentó en el alféizar. Sostuvo la nota a contraluz. La dio vuelta. Se puso la punta en la boca. La tensó. La arrojó al aire y la miró caer. Volvió a recogerla.

—Es buena, ¿no te parece?

*Demasiado difícil.

William meneó la cabeza. Pensó en su profesora de violín, muerta mucho tiempo atrás.

Una larga avenida de robles bailaba entre la calle y la casa, y los árboles y el sol volvían locas a las sombras, que rabiaban mientras William corría a la casa en esos años, veranos, mañanas y días vacíos. Ella era muy severa, y lo lastimaba espantosamente, y sus padres daban su aprobación, pero ella le hacía sentir que él era su obra principal, y lo elevaba por encima de todo lo demás, explicándole la música no en comparación con otras cosas, sino por sus ausencias, por los lugares donde las cosas convergen. Una sonata no es el vuelo de los gansos, no es el ruido de un arroyo, no es el canto de un ruiseñor. Un violín no habla, no parlotea. La catástrofe del final desenfrenado de una sinfonía no es una tormenta descargándose sobre la tierra. No es el temblor y el estremecimiento de una casa. Pero en parte, decía ella, es la comprensión de estas cosas. Debes ser brutal, terrible, pero tener gran empatía, empatía por todas las cosas, pero sin misericordia. ¿Por qué el gobierno no quería música? ¿Porque era la única cosa que implicaba una religión?

Un sonido grave y plañidero surcó la noche (pues ya era de noche). William cerró los ojos. Era el sonido del puente, vibrando a lo lejos. El viento debía soplar de cierto modo, y entonces...

*¡Ajá! ¡Ya sé!

Y William estuvo de vuelta en el cuarto.

Molly corrió alborotadamente hacia donde...

una FOTO de LOUISA colgaba de un GANCHO.

Y del marco de la foto sacó un hilo. En el hilo, una nota.

En la foto, Louisa estaba en primer plano, sosteniendo un barrilete. William estaba sentado en un árbol. Un gran campo se extendía a lo lejos.

Molly sostenía la nota pero miraba la foto.

*¿Dijiste que nunca se remontó?

—Jamás. Lo llamábamos el Trineo, porque siempre se arrastraba por el suelo. Nadie lograba que volara. Aunque, para ser franco, nunca logré que ningún barrilete volara.

*¿Y mamá?

—Nunca la vi remontar un barrilete. Una vez sostuvo uno. Alguien más lo había remontado. Creo que eso no cuenta.

*No.

Molly abrió la nota.

Aquí recluimos la canción y al que la canta.

Molly lo deletreó.

*¿Recluimos?

—Encarcelamos.

Ella corrió hacia la jaula (que estaba vacía) y sacó la pista siguiente.

—Esta es la última —dijo William.

Molly hizo un gesto desdeñoso y abrió la nota.

DECÍA:

Antaño prerrogativa de los nobles, y también favorita de las bestias, deleito como el azúcar, pero sacio como el agua. Con piel, como tú, cuelgo y aguardo mi turno, y caigo al suelo despiadado.

*¿Sacio?

—Quito el hambre o la sed.

*¿Prerrogativa?

—Búscalo.

Molly fue al diccionario, lo abrió y encontró la palabra.

*No aclara mucho, ¿no?

—Sin quejas. Tengo que irme. ¡Resuélvelo!

Molly echó una ojeada a la casa y posó la vista en el cesto de fruta. Corrió hacia él.

*¡La naranja!

Recogió la primera naranja, pero allí no había ninguna nota. Ni en la segunda.

Luego miró la naranja que había estado comiendo William. La había pelado perfectamente y la cáscara redonda estaba sobre la mesa. Ella la levantó y cayó abierta en anillos conectados, revelando un abalorio blanco hecho de hueso.

Molly se desató el collar que llevaba puesto y enhebró el abalorio. Ya había cinco. Este era el sexto.

—Es hora, pues —dijo él, y le pasó la mano por el pelo.

OceanofPDF.com



William fue a la puerta del departamento y la abrió con un gesto lento y amplio, la vista gacha. Molly se reunió con él. Él salió, fue a la puerta de enfrente y golpeó tres veces.

Había ruido adentro. Alguien se acercaba a la puerta.

—¿Hola?

La puerta se abrió. Era una mujer septuagenaria.

—¿Le molestaría cuidar a Molly unas horas? —preguntó William—. Tengo que salir, y no puedo llevarla conmigo.

—Lo haré —dijo la señora Gibbons—. Usted es buen padre y yo lo haré por usted y por su hija porque ella es maravillosa, una mujercita maravillosa, y siempre me alegra tenerla aquí, aunque no ha venido antes. En esta casa siempre hay lugar para una mujercita maravillosa que se llama Molly. Pero debe tener cuidado, señor Drysdale, si sale de noche, porque el señor Gibbons, que acaba de regresar, me dijo que vio a un hombre muerto a cuatro calles, y en medio de una multitud. Así que tenga cuidado. Los que implantan el toque de queda vigilan por todas partes, aquí y allá. El hombre que digo estaba muerto, y cuando uno está así se queda así para siempre, muerto.

William miró por encima del hombro. Molly tenía cara larga.

—¿Muerto? —preguntó.

—Sí, le dieron un ladrillazo. Y no encontraron al que lo hizo.

Molly pateó el piso. William la miró.

*¡Ten cuidado!

Entró en el departamento de la señora Gibbons.

—Aquí le dejo una llave —dijo William—, así podrá acostarla.

La señora Gibbons asintió y cerró la puerta.

Le oyó decir:

—Una niña buena como tú no debe darle preocupaciones a su padre. No haces nada para preocuparlo, ¿verdad? No, ya me parecía que no. Bien, ¿quieres comer algo? Ven conmigo.

OceanofPDF.com

EL TOQUE DE QUEDA

ya tenía vigencia cuando la policía estaba a la vista y también ahora que no estaba a la vista. No se podía salir de noche después de cierta hora. Muchos no sabían qué hora era esa. Solo se quedaban en la casa y esperaban la mañana. Había otros que salían en secreto, furtivamente. ¿Atrapaban a algunos? Sí, y nunca se los veía de nuevo. El consenso era que en una noche despejada había que quedarse adentro a partir del momento en que la luna se recortaba claramente contra el cielo nocturno. Una noche nublada era más problemática.

El gobierno no había emitido ningún comunicado oficial al respecto. No había toque de queda. Solo una declaración: LOS BUENOS CIUDADANOS PASAN LA NOCHE EN LA CAMA.

OceanofPDF.com



En la calle, la luz de los faroles trazaba avenidas más allá de la puerta y sendas en las veredas bajo los árboles.

William caminaba y pensaba en Louisa, en los planes que habían trazado. ¿Qué hace la muerte con los planes que uno traza con la persona que ama? Trae causas perdidas, viajes sin rumbo, cuartos vacíos, horas silenciosas. Se dijo esto a sí mismo, y pensó que no era justo. Era verdad, pero no era justo. Íbamos a tener una casa rodeada de árboles en el campo, e íbamos a vivir allí lejos de todo, y criar a una hija.

Nunca había visto a Louisa muerta. Se la habían llevado de la calle. El padre de ella había sido político. Él siempre había pensado que ese era el motivo.

Todas sus averiguaciones para encontrarla habían sido infructuosas. ¿Louisa Drysdale? No tenemos constancia de ninguna Louisa Drysdale.

El día en que ella desapareció parecía imposible. Él caminó por la casa. Se sentó en la escalera. Bajó a la calle y volvió a subir. Encendió la cocina y la apagó. Al fin terminó por dormirse, y llegó la mañana y él se despertó y al principio pensó que era un sueño, y no lo era, y luego volvió a buscarla, pero no había dónde buscar, y entretanto estaba aterrado de ser demasiado insistente, de llamar la atención, de que también se lo llevaran a él y Molly se quedara sin nadie. Así pasó tres días de espera, pensando que ella regresaría en cualquier momento. Pero Louisa no regresó.



Vio algo rojo a la derecha.

Se acercó.

Un edificio se incendiaba. Salían hombres corriendo. Era una comisaría, tenía que ser. Los policías ya no usaban uniforme, pero uno igual podía distinguirlos, y cuando se quedaban un tiempo en el mismo edificio, uno deducía que el edificio era una comisaría, y luego alguien lo incendiaba.

En consecuencia, era lógico suponer que si un edificio se incendiaba quizá fuera una comisaría.

OceanofPDF.com



Uno piensa en la época en que la gente moría en invierno, a menudo, sin ningún motivo, o cuando los niños fallecían sin explicación ni pesadumbre.

¿Pero es verdad? ¿Tan duros eran los que ponían esos cuerpecitos en la tierra? Es controvertido, y aunque uno pueda decir que todo es igual y relativo, es evidente que hay algunos que son seguidos en la calle por una furia vengativa, una ropa que nunca pueden quitarse.

Lo he dicho: la vida comienza para algunos cuando termina para otros y en otro siglo yo podría haber muerto cuando era bebé. ¿Qué clase de adivinanza es imaginar la pesadumbre que mi muerte habría provocado? ¿Acaso mi vida no continúa en el suelo que está encima de esa tumba?

OceanofPDF.com



—Nos cansamos distinto si amamos o no amamos. Nunca me cansaba cuando tocaba el violín. Quedaba agotado. A veces me desmayaba porque ensayaba sin comer ni beber. Pero nunca me cansaba. Ahora casi siempre estoy cansado.

Pero no estaba cansado, ¿verdad? No, en absoluto. Nervioso, en todo caso. Hablaba consigo mismo. Pasó algunas calles, y encontró la que buscaba.

Había luces encendidas en las ventanas de las casas. Nunca había estado en ese vecindario. Todo era ladrillo, edificios anexos y cosas similares. No había nadie en la calle.

Miró el reloj. Se había atrasado un poco. Pero allí estaba la casa.

Subió la escalera y se dispuso a llamar.

—¡OYE, TÚ!

Una cabeza se asomaba por una ventana de la casa de enfrente. Era Gerard.



—Esta es la casa —dijo Gerard.

William cruzó la calle y se acercó a la puerta.

—Creí que habías dicho...

—Siempre doy mal la dirección, por si alguien está escuchando. Luego vigilo a ver quién viene. Golpea. Alguien te hará pasar. Ya bajo.

OceanofPDF.com



Se quedó delante de la casa y era como si alguien le hubiera gritado que no entrara, como si unas manos lo hubieran aferrado para apartarlo, como...

pero allí no había nadie. La calle estaba en silencio. ¿Estaba temblando? Había luces en las ventanas de esta casa y de las otras, de las muchas casas que había visto. Una luz que llegaba a borbotones. Terca e insistente, en lluvia de chispas. ¿Era posible que la luz fuera una falsa esperanza y siempre lo hubiera sido? Eso mataría a cualquiera, reconocer con certeza las falsas esperanzas. Uno no debe saber esas cosas. ¡Si te lo ofrecen, recházalo!

OceanofPDF.com

PARTE **2**

OceanofPDF.com

EN EL DEPARTAMENTO

—Creo que lo que más necesitas, jovencita, es que se prepare un espectáculo de títeres, y que lo prepares tú, y mi esposo será una gran ayuda, porque él fabricaba títeres en su viejo trabajo, aunque ya no lo hace.

Molly asintió gravemente.

—Ven, él está aquí.

El departamento estaba lleno de objetos: cortadoras de galletas, colchas, fotografías viejas, una máquina de coser, una máquina de planchar, un palo largo con bandas de metal en cada punta.

La señora Gibbons tomó el palo y metió una punta en una ranura del suelo. Insertó la otra punta en un orificio de la puerta.

—Se necesita un ejército para derribar eso —dijo la señora Gibbons—. Ven aquí.

Molly la siguió al cuarto de al lado, donde el señor Gibbons estaba sentado en un sillón.

—Tengo un trabajo para usted, señor Gibbons, ayudar a Molly a preparar un espectáculo de títeres. Quiero que lo haga como Dios manda, igual que antes, sin escatimar nada. Es un asunto serio, y es la primera visita de Molly.

—Bien, conozco mi oficio, señora Gibbons. Ven aquí, jovencita. Nos sentaremos y hablaremos un momento sobre la clase de espectáculo que quieres preparar.

Molly miró al señor y la señora Gibbons.

*No puedo hablar —intentó decir por señas.

—Pobrecita —dijo la señora Gibbons—. Y yo no conozco el lenguaje de señas.

—Bien, no tenemos que preocuparnos por eso. Aquí hay un papel.

El señor Gibbons sacó un papel y un lápiz.

—Con esto nos arreglaremos —dijo—. Siéntate aquí, Molly, y hablemos de este espectáculo de títeres.

*Estoy muy ansiosa de hacer el espectáculo de títeres y también creo que ustedes son muy amables al recibirme. Mi padre y yo estamos muy agradecidos.

—Oh, no es nada. No le des importancia.

La señora Gibbons salió del cuarto y dijo:

—En un rato traeré algo caliente para beber, y pregúntale a la niña si ha cenado.

—¿Has cenado, Molly?

*No.

—No ha cenado, pero creo que le gustaría, señora Gibbons.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Un espectáculo de títeres —dijo el señor Gibbons— es algo muy delicado.

Se sentó en la poltrona frente a Molly y habló con las manos. Su cara era rojiza, y usaba una bata sobre un pijama grueso de franela. Sus ojos eran muy azules.

—Yo lo sé bien —continuó—. ¿Acaso no fui el director de la famosa Brigada de Títeres Antediluvianos? Si me sigues, iremos a la habitación contigua y quizá se te ocurra alguna idea. Trae el papel. Y no te preocupes porque hay más. Di lo que quieras. Tenemos mucho papel.

*Me gustaría un espectáculo de títeres sobre la música.

—La música, ¿eh?

El señor Gibbons puso cara seria.

—Es un asunto complejo, sobre todo ahora. Empiezo a ver qué clase de niña eres.

Fueron juntos a la habitación.

OceanofPDF.com

LA HABITACIÓN CONTIGUA

albergaba en un extremo un hermoso teatro de títeres. Las ventanas estaban cubiertas con cortinas gruesas clavadas en muchas partes. Había unas quince sillas para hacer las veces de público. El teatro era de madera, y estaba ubicado más alto que el piso. Había una escalera que subía desde el costado. Una larga cortina colgaba sobre una pared, a la izquierda del teatro. El señor Gibbons la corrió.

Detrás había muchos estantes. El primer estante contenía herramientas de todo tipo. El segundo contenía pintura, plumas, trozos de piel y madera en varias formas y tamaños. También, cordel en bolas y marañas. El tercero, el cuarto, el quinto y el sexto contenían títeres, ah, títeres como Molly no había visto nunca. Había reyes y príncipes, ovejas y leones, perros y princesas oveja, lobos y mulas, reyes lobo y doncellas zorro, sastres y campesinos y mosqueteros. Había viejas y gatas viejas, brujos y cortesanos altivos. Pero no había niños.

*¿No hay niños? —escribió Molly.

—Nunca hay títeres niños en los espectáculos de títeres —dijo el señor Gibbons—. Los niños se deben imaginar que son todos los títeres, y no podemos permitir que crean que solo son los títeres niños. Además, cuando les suceden cosas desastrosas a los otros títeres, está bien, pero para los niños es muy duro ver que les pasan cosas desastrosas a los niños.

*Y los animales.

—Es verdad, pero al menos entonces se queda en la imaginación y el miedo no se arraiga en el corazón.

El señor Gibbons, como muchos titiriteros, tenía el don de hablar a los niños como si creyera que eran inteligentes y sabían mucho.

—Y bien —dijo—. ¿Qué te parece?

Molly dejó el papel e hizo señas por tres minutos seguidos, mirando seriamente al señor Gibbons. Al final, dio un salto y volvió a tomar el lápiz y el papel.

—Creo que sé exactamente lo que quieres decir —dijo—. Bien, empecemos. He aquí lo que haremos.

OceanofPDF.com

HE AQUÍ LO QUE HAREMOS

1. Decidirás si tu mundo tiene animales, o personas, o ambas cosas, y si los animales se comportan como personas o como animales, o como ambas cosas.
2. Decidirás si hay magia o no, y si hay magia, si todos saben que la hay, y si todos saben que la hay, si le cuentan a alguien o no.
3. Decidirás cuántos títeres morirán, y cómo, así haremos que ocurra en los momentos oportunos.
4. Decidirás si quieres que el espectáculo sea gracioso o no. El espectáculo de títeres siempre es triste, pero también puede tener partes graciosas.
5. Decidirás si el tema será: el matrimonio, la enfermedad, el encantamiento, la herencia o la venganza.
6. Inventarás el nombre del villano. Todos los demás nombres derivan del nombre del villano. La naturaleza del villano también deriva de su nombre. Lo único que no deriva del nombre del villano es la expresión de la cara del títere que será nuestro héroe o heroína. Eso es lo que pintaremos en último lugar, cuando sepamos todo. Es probable que sea una delgada sonrisa. Esa es mi especialidad, pero veremos.
7. El espectáculo tendrá tres actos. Desarrollaremos el espectáculo desde el principio, y cuando hayamos terminado de hablar, lo escribiremos desde el

final. Créeme, es un buen método.

8. Pensaremos en algunas tácticas adicionales, como postergar el comienzo del espectáculo, para que podamos pintar los rasgos de algunos espectadores en personajes menores, como una grata sorpresa.

OceanofPDF.com



La señora Gibbons entró en la habitación con una bandeja donde había una tetera y una pila de bizcochos calientes con manteca y miel.

El señor Gibbons miró a su esposa con fastidio.

—Aquí tenemos mucho que hacer, y no podemos permitir estas molestias.

Pero Molly ya estaba comiendo los bizcochos. La señora Gibbons sirvió el té y salió de la habitación, cerrando la puerta en silencio.

El señor Gibbons sometió a varios títeres a la inspección de Molly, tarareando de buen humor. Estaba convencido de que el teatro de títeres era tan expresivo como el teatro común, y quizá más expresivo. Si una persona sabe controlar todos los aspectos de la representación, nada se pierde. ¡Nada! Alzó la vista de golpe.

Molly lo miraba a través del cesto vacío donde habían estado los bizcochos. Allí había una taza vacía, un frasco de miel vacío y un platillo medio lleno de manteca.

Ella tomó una servilleta de la silla de al lado y se limpió las manos con mucha pulcritud.

*¿Empezamos?

El señor Gibbons asintió.

OceanofPDF.com

LA PUERTA SE ABRIÓ ANTE WILLIAM, ¿Y QUIÉN CREEN USTEDES QUE ESTABA AHÍ?

Una joven en bata. Se le caían los breteles pero no parecía importarle. Una voz llegó desde adentro.

—¿Quién es?

—Es un hombre, de treinta a treinta y cinco años. Delgado. Chaqueta vieja. Sin afeitar. Pico de viuda.

—Ese es Drysdale.

—¿Seguro que es él?

—Sí, dile que pase.

—Díselo tú.

La joven dio media vuelta y se alejó de la puerta. Gerard bajó del piso de arriba. Parecía aliviado. Se le notaba porque sacó un pañuelo del bolsillo derecho, lo plegó y volvió a guardarlo.

—William —dijo—. Viniste.

—¿Creíste que no vendría?

—Bien, ya sabes. Al principio pensamos que a Molly y a ti se los habían llevado con Louisa, pero luego alguien dijo que los habían visto en el parque en la zona del lago. ¿Es allí donde viven?

—Allí es donde vivimos.

—Bien, entra. Entra.

En la habitación contigua había unas veinte personas, y al parecer bebían vino con copas de vino. Eran el tipo de gente que William y Louisa habían frecuentado, personas tan elegantes como las patas de una manada de gacelas, e igualmente inútiles, cuando uno lo piensa bien.

—¿Eso es vino? —preguntó William.

—Nos damos nuestros pequeños gustos, y hasta ahora nos hemos salido con la nuestra. ¿Una copa?

—Hace mucho tiempo que no bebo vino. Sí, gracias.

William aceptó la copa. El hombre que estaba más cerca de él giró y extendió la mano.

—James Goldman. Usted es William Drysdale, según le oí decir a Gerard hace un momento.

—Así es.

—Qué pena lo de la música. Yo también fui violinista. Aficionado, no como usted, pero en fin, también era músico y supongo que para ambos es igualmente duro no tocar, ¿verdad?

—Trato de no pensar en ello.

William tenía una expresión de dolor en el rostro.

—Desde luego —continuó el hombre—, no es lo mismo. Pero no quise decir eso, solo quise decir que es duro no tocar, muy duro.

—En efecto —dijo William—. En efecto.

OceanofPDF.com

ENTONCES, EL ULULAR DE UNA **SIRENA**

entre las casas y a lo largo de las calles. Un sacudón eléctrico arrancó a William de su rigidez. ¿Nadie más estaba preocupado?

Se inclinó hacia el hombre que tenía al lado.

—¿Sale a menudo después del toque de queda?

El hombre rio.

—Claro que no. En realidad no lo hice nunca.

Otro hombre, muy joven, estaba llenando las copas con una botella de vino recién descorchada. Tenía un bigote muy delgado y cabello muy fino.

—Nos quedamos toda la noche, siempre. Ningún problema, hay habitaciones enteras llenas de camas.

Atravesó la habitación, sirviendo vino y riendo.

—Salir después del toque de queda. ¡Habría que estar loco!

—Él es Salien, tiene gran talento para el vodevil. En secreto, desde luego. Pero en realidad...

El hombre tocó la manga de William.

—... espero que no intente volver a casa. Han redoblado la vigilancia. Demasiado peligroso. Vaya a casa por la mañana. Usted no es tonto.

La mujer que estaba al lado de James Goldman habló.

—¿Vio el incendio al venir?

Había un estado de ánimo especial en el ambiente, una jovialidad forzada. Todo debía estar teñido de un humor desdeñoso e ir acompañado por una risa leve. William se sintió incómodo.

—¿Un incendio? —dijo un hombre calvo que estaba junto a la ventana—. ¿Tú lo provocaste?

—¿Yo? No seas ridículo, Sean.

—Bien, has sacado el tema. Debe haber un motivo.

—Siempre están discutiendo —explicó James.

—Vi el incendio —dijo William—. Creo que el edificio se quemó por completo.

—Una victoria —dijo la mujer en voz baja.

—Silencio, Clara. No hables así. Ni siquiera aquí.

Gerard entró.

—Ven conmigo. Quiero mostrarte algo.

James le susurraba algo a Clara. Nadie parecía estar prestando atención. William se levantó.

—De acuerdo.

En el fondo de la casa había una puerta que daba a un anexo. El anexo tenía solo la longitud de una sala y no tenía calefacción. Gerard sacó un abrigo de una pila y se lo dio a William. Él también se puso un abrigo. Se sentaron en taburetes.

—¿Aquí todos están involucrados? —preguntó William.

—¿Involucrados?

Gerard rio.

—La cosa es así: esa información no existe. Quién está involucrado, quién no: eso no importa. Simplemente difundimos el método, y las personas actúan por su cuenta. No necesitan contarle a nadie.

—¿El método?

—El método. Es muy sencillo. Pronto todos sabrán que existe, a través de canales como este. Solo una persona diciéndole a otra, alguien de confianza.

—¿Tan grave es la situación?

—Si te atrapan con un escrito, menos de una página de texto, te disparan. Te interrogan, te disparan. La mayoría de la gente que es interrogada dice lo mismo, y es verdad.

—¿De qué hablas?

—Encontraron un papel. No saben nada sobre el asunto. Pero en esta ciudad aún no hay mucho material impreso. Eso es lo peligroso, imprimir. Pero también se difunde boca a boca.

—¿Qué se difunde?

William luchaba consigo mismo. Quería marcharse, irse a casa y olvidarse del asunto. Tenía la sensación de estar junto a una puerta que se abre sin que la veas. Y se trataba de algo que no quería saber, algo en lo que no quería participar. Pero sentía curiosidad, claro que sí, y también se sentía solo, y aquí estaba sentado con Gerard, un hombre que había frecuentado durante muchos años, y estaban hablando. Además estaba usando un abrigo que no era suyo, un abrigo de cuero que nunca usaría comúnmente. Había cosas en los bolsillos, pero no miró qué eran.

—¿Recuerdas la vez que fuimos a navegar en bote, Louisa y tú, Ana y yo?

William asintió.

—¿Recuerdas que un hombre quería sacarnos una foto, y Louisa no quería? ¿El hombre del muelle?

—Lo recuerdo.

—Y luego sacó la foto de todos modos, y Louisa se enojó, pero ya estábamos en la corriente, y no queríamos volver. A veces pienso...

Gerard había llevado la botella. Bebió un sorbo.

—A veces pienso que si hubiéramos vuelto, entonces todo habría cambiado, y a ella no le habrían disparado.

William tenía la boca seca. La idea de Louisa consistía en espacios cerrados, distancias, olores fuertes. Era inaccesible como el interior de una

piedra.

—¿Cuál es el método? —preguntó.

—El método para el desgobierno. Otros movimientos revolucionarios fracasan cuando los descubren. Este comienza cuando lo descubren. Es imposible detenerlo porque no hay cabecillas. Es tan sencillo que se puede describir en un par de frases. Cualquier miembro del gobierno, cualquier miembro de la policía, de la policía secreta, es nuestro objetivo. Vives tu vida, y no haces nada fuera de lo común. Pero si en cierto momento te encuentras en condiciones de causar daño a un objetivo, lo haces. Luego continúas como si nada hubiera pasado. Nunca te esfuerzas para encontrar esa oportunidad. No te desvías de tu camino ni un solo paso. Y sin embargo, sin excepción, todos los días los objetivos deben ponerse en peligro delante de los ciudadanos, y dar existencia a esas oportunidades. Uno no se prepara, salvo mentalmente. Uno nunca habla de ello, salvo para difundir la idea, y para eso basta con dejar papeles aquí y allá.

Gerard guardó silencio un minuto. Tamborileó en la mesa con la mano. Bebió otro sorbo de vino.

—El crimen perfecto depende del azar: por casualidad pasas frente a una mesa donde hay un collar de diamantes; por el momento todos miran hacia otro lado; te apropias del collar y sigues de largo; ahora eres el dueño de un collar de diamantes. Como llegaste allí por casualidad, tenías todos los motivos para estar en ese lugar y en ese momento, como parte de tu rutina. En el momento del robo, te desprendiste del trasfondo, e inmediatamente después regresaste a él. Lo único que el Nuevo Estado puede hacer es presionar con más fuerza, pero así provoca más odio, despierta más reacciones. Nosotros hemos aprendido el método recientemente, pero hace dos años que existe. ¿Recuerdas lo que ocurrió hace un año?

—Desmantelaron la policía. Ahora, solo hay policía secreta.

—Exacto, y nunca dijeron por qué. Pero un hombre con el que hablé...

Se abrió la puerta y se asomó una mujer.

—Gerard, ¿puedes venir? Trato de convencer a Leonard de que cada vez hay más simpatizantes en el exterior, pero no recuerdo todas las cifras.

—En un minuto.

—De acuerdo.

Ella cerró la puerta.

—Este hombre me dijo que quitaron el uniforme a toda la fuerza policial porque en otro sector estaban eliminando a los policías. Un policía no podía andar por la calle sin que le pegaran con una teja. Primero trataron de formar grupos paramilitares, con jeeps y demás. Pero en definitiva, para hacer el trabajo, tienen que bajar de los jeeps, y entonces se presentan las mismas oportunidades. Es cuestión de paciencia, de decisión. Lo cierto es que estamos ganando. Es solo cuestión de tiempo.

—¿Pero cómo sabes quiénes son los policías?

William pensó en sus conversaciones con Oscar. Era casi imposible diferenciarlos.

—Estás planteando falsos positivos. Todo el mundo se atiene a rutinas sencillas, y la policía secreta tiene que hacerse visible, tan solo para hacer su trabajo. Entonces son objetivos a nuestro alcance.

A lo lejos se oyó el tañido de una campana. La habitación estaba en absoluto silencio. Gerard miraba a William y William miraba a Gerard. Louisa no estaba allí, pues había muerto, pero en cierto sentido estaba.

—¿Te lo digo? —preguntó Gerard.

William asintió.

—Alguien que conozco, alguien que entonces, bien, trabajaba para el gobierno, antes de convertirse. Vio lo que le pasó a ella. No puedo contarle. No quiero hacerlo. Pero aquí tengo todo sobre el expediente.

Sacó una carpeta de atrás de una caja y se la entregó a William. Estaba atada con cordel y era muy gruesa.

—Me imagino que querrás mirarla en casa, o en un lugar donde estés solo.

La puerta se abrió de nuevo.

—Gerard, ¿vienes?

—De acuerdo, allá voy. Aguarda un momento.

Se puso de pie.

—Bien, William, eso es todo. Quería mostrarte algo más, pero supongo que puede esperar.

—¿Qué es?

La muchacha tiró del brazo de Gerard.

—Espera —dijo él.

Se arrodilló y abrió un archivero que estaba en el piso. De allí sacó un estuche negro y chato. Lo bajó.

William sintió que se le aceleraba el pulso.

Gerard destrabó dos hebillas y abrió el estuche.

Era un violín.

—¿Dónde lo conseguiste?

—No te puedo decir.

William miró a la muchacha.

—No te preocupes por mí —dijo ella—. Soy yo quien lo consiguió.

—Es para ti, William —dijo Gerard—. Quizá ahora debas ir a casa. Tenerte aquí está fuera de nuestra rutina, y es un peligro para ambos. ¿Tienes una ruta segura para volver? La planeaste, ¿verdad?

—Yo...

William desvió la mirada.

—Entonces quizá sea mejor que te quedes. Si no tienes transporte, ni ruta segura. Pensé que la tendrías, pero no te preocupes. Quédate. Si no quieres estar con gente, puedes leer arriba, en el dormitorio, e irte a primera hora.

—Tengo que ir a casa. Por mi hija.

—Entiendo.

OceanofPDF.com



William se detuvo un instante en la escalera.

En una mano tenía el estuche con el violín, en la otra el fajo de archivos.

Sonaron risas dentro de la casa. William sacudió la cabeza. Las luces de la calle se encendieron y se apagaron.

OceanofPDF.com



Gerard cerró la puerta y miró la silueta que se alejaba por la calle, con el estuche negro bajo el brazo.

—¿Crees que él...?

—No lo tocará, nunca. Pero al menos lo tendrá.

—¿Y en cuanto al resto?

—Da lo mismo que actúe o que no. Todo sigue adelante. Nadie es importante. Nadie.

—Una guerra sin participantes. Solo bajas. El bosque se abre y devora las tropas.

Ella se rio.

—Y devora las tropas —coincidió Gerard.

Ella fue a la puerta y se quedó junto a él, mirando por la ventana.

No había nada que ver.

—Tengo un mal presentimiento —dijo él—. Como una sogá que no está aferrada a nada.

—Tranquilo, él llegará a la casa. Ven.

Lo besó y lo llevó de vuelta adonde estaban los demás.

OceanofPDF.com



—Y aquí —dijo el señor Gibbons— está el pincel que uso siempre para los ojos.

Le entregó a Molly un pincel muy delgado.

—No es un pincel de un solo pelo de caballo, pero se le aproxima.

*¿Tres pelos de caballo? —escribió Molly en el papel.

—Quizá.

El pincel tenía un mango de color rojo rabioso. Parecía que ese mango podía dar vida a cualquier cosa que hiciera. Molly se lo devolvió al señor Gibbons a regañadientes.

*¿Por qué un pincel diferente para los ojos? —escribió—. ¿Hay uno para las bocas, las orejas, las mejillas?

El señor Gibbons leyó el papel.

—Eres astuta —dijo—. Tienes razón. He aquí el motivo: si tengo que cambiar de pincel para cada rasgo, me da tiempo para pensar. No puedo pintarlos de un solo trazo. Además, el pincel se familiariza con su especialidad, si crees en esas cosas.

Tosió.

—Claro que no es necesario que esas cosas sean ciertas para creer en ellas. Lo entiendes, ¿verdad?

Molly asintió.

—El efecto de las creencias irracionales en tu arte es invaluable. Debes cultivarlas y protegerlas. Estoy seguro de que tu padre diría lo mismo.

*Él cree muchas cosas.

—No me cabe la menor duda.

El señor Gibbons alzó un títere que tenía un velo en la cara. Era un hombre con traje de bufón, pero tenía un velo en la cara.

—Hay títeres —dijo el señor Gibbons— que saben más que otros. ¿Entiendes lo que quiero decir? No todos los títeres son dueños de la misma información. Este títere, por ejemplo. Lo reservo para circunstancias especiales. Él sabe que el espectáculo se está representando, y que él desempeña un papel. Eso no significa que sepa que existe el titiritero. Su información, desde luego, no siempre es correcta. Sin embargo, sabe mucho más que los otros títeres. A veces... vaya, a veces puede ver al público.

Molly escribió algo en el papel y luego lo tachó.

—Bien hecho —dijo el señor Gibbons—. Es mejor guardar algo así en la cabeza por un rato, antes de hacer preguntas sobre ello. Estoy de acuerdo.

Y continuó:

—Una vez, en una obra sobre un caballo, este títere, este títere en persona le explicó al elenco que todos eran usados, manipulados, ridiculizados. Allí

mismo, los títeres se negaron a continuar. Fue un desastre. Tuve que reembolsar todas las entradas. El público se fue de muy mal humor.

Molly sonrió y aspiró largamente. Garrapateó una pregunta.

*Él puede decirles cosas en una obra pero no las sabrán en la siguiente. Todo empieza de nuevo, ¿verdad?

—Todo empieza de nuevo. Aunque es posible que él tenga cierto sentido de la historia de estos espectáculos. Por eso se sienta allí, en ese delicado trono, mirando toda la habitación.

Era verdad que el bufón con velo tenía una buena vista de la habitación.

*¿Qué voz usa usted para él?

—Ah, tiene muchas voces. Tantas como las hojas del árbol que le dio origen. Es un narrador de cuentos, pero también un gran mentiroso.

*¿Pero no es uno el que le da voz?

—Bien, tendremos que ver si participa en la obra, ¿verdad? El tiempo vuela. Debemos continuar con nuestro trabajo. Ahora ven aquí. Debemos tomar algunas de esas decisiones que mencioné.



William caminaba tan rápido como podía. Correr sería una imprudencia. Llamaría la atención. Además era mucha distancia. No podría ir corriendo todo el trayecto. Pero caminar muy despacio también era una imprudencia, porque alguien que lo siguiera a mayor velocidad podía alcanzarlo. Así que debía caminar con tanta rapidez como para que no lo alcanzaran, pero con tanta lentitud como para no ser sospechoso. Además, si parecía que uno podía alcanzar a otra persona, tenía que elegir una ruta para pasar junto a esa persona sin despertar sospechas.

Los papeles que tenía en la mano lo quemaban. Quería abrirlos allí mismo, pero sabía que llegar a casa era más importante.

Oyó ruido de pasos adelante. William se metió en la entrada de un edificio. Alzó la mano y aflojó la bombilla del umbral. Estaba en la oscuridad, y enfrente el farol de la calle se encendía y se apagaba. Ahora los pasos se acercaban. Estaba seguro de que no podían verlo, pero aun así le temblaban las manos.

Debo llegar a casa, se dijo. Debo estar con Molly.

Había tres hombres y hablaban en voz alta. Lo alcanzaron y luego lo pasaron. Los siguió con la mirada. Esos hombres no estaban preocupados en lo más mínimo. ¿Quiénes serían, para no estar preocupados?

William apuró el paso.



Entonces se le ocurrió la fantasía de que lo atraparían, pero que escaparía. Estaría corriendo y lo arrinconarían en una plaza de piedra. Serían huraños y feroces, y él sacaría el violín y tocaría y sus perseguidores tendrían que bailar hasta que llegara la mañana. Saldría el sol y caerían redondos porque las piernas ya no podrían sostenerlos y él correría a casa. Podía tocar así de bien. Sabía que podía. Podía imaginar cómo les fallaban las piernas, cómo se caían uno por uno, indefensos.

OceanofPDF.com



—Será una obra musical —dijo el señor Gibbons, leyendo la hoja que Molly le había entregado—, pero habrá poca música.

Alzó la vista.

—Esto es sensato —dijo—, y se atiene a nuestros recursos. Veo que tienes la cabeza bien puesta. ¿Tu padre te ha hablado de la música? No, no me respondas. Sin duda lo que tengas que decir aparecerá en la obra, y con eso me bastará.

Y continuó:

—No será un musical como en el caso de una comedia musical. La música es el tema.

Cabeceó.

—Habrá personajes animales y humanos. Quedará claro que el hecho de ser animal no significa nada en particular. Aunque, desde luego, es posible que un rasgo asociado con un animal caracterice al personaje retratado. Por ejemplo, un zorro astuto, o un ganso tonto.

—De todos modos, no hay títeres ganso —dijo la señora Gibbons, que permanecía sentada en un rincón, tejiendo algo indefinible.

—No habrá nada de magia. La magia es una necesidad nacida de la pobreza, o bien es una fantasía suntuosa. No estamos en ninguno de ambos extremos, y lo que no se pueda explicar no se dará a conocer.

El señor Gibbons había empezado a sonreír con satisfacción, pues veía que sería un auténtico espectáculo de títeres. Ahora, cada prueba que daba Molly de su seriedad se sumaba a la olvidada vitalidad de su larga experiencia de titiritero.

—La muerte de los títeres: aún no lo hemos hablado. Espectáculo: no será gracioso. Tema: la enfermedad (en gran escala). Villano: ninguno.

Aquí el señor Gibbons frenó como un caballo encabritado.

—Vaya, jovencita, esto realmente me asombra, un espectáculo de títeres sin villano. Caramba, tendremos que hablar de esto. No sé si se puede hacer, y aunque se pudiera, bien, quién querría semejante cosa, y además está el asunto de cuál es el pegamento que lo une todo, y yo ya he pensado cómo podría ser y, Molly, no estoy seguro de que esto funcione.

Molly lo miró con determinación.

Él continuó:

—Tres actos, sí. De adelante para atrás, de atrás para adelante, como prefieras. Sin público, supongo.

Dejó la hoja y la miró.

—En cuanto al público, bien, ya veremos.

Le guiñó el ojo a la señora Gibbons.

—Pero en cuanto al resto, sí, hablemos allá, donde la señora Gibbons no puede oírnos.

Molly y el señor Gibbons fueron al otro lado de la habitación. Poco después, Molly regresó a buscar el papel y volvió a irse. En el rincón, mucho garrapateo y ánimos caldeados.

OceanofPDF.com



William había cruzado otras cuatro calles y había tenido que ocultarse dos veces más. En todos los cruces se veían ventanas con luz tenue. Seguía pensando en algo que Louisa le había dicho poco después de que se conocieron.

—A veces la alegría de una vela es todo el atractivo de una habitación, y está reservada para la persona que la ve desde lejos. Los que están en la habitación no saben nada sobre ella, y a veces están ausentes, aunque estén sentados allí. Habitaciones frías. Uno no quiere estar allí, salvo cuando ha sido mal interpretado, como cuando te ven desde afuera. Nosotros no debemos ser así.

Él le aseguró que no serían así. Al recordar, pensó que ese peligro no había existido. Era extraño, pensó William, ser joven ahora (él era joven) y que Louisa hubiera muerto años atrás. Ser todavía joven. Y todos los años que aún le quedaban. De no ser por Molly, él...

Se ocultó detrás de un árbol. Dos hombres, esta vez con linternas. Tenían ropa militar. Una especie de guardia nocturna, y el único que los ve es capturado. Si él se encontrara en la situación que Gerard había mencionado, la situación a la que llegabas por azar, ¿tendría la valentía para actuar? De pronto muchas cosas tenían sentido. Todos los problemas recientes se debían a una idea. Una idea limpia y clara. En un tiempo habían perseguido esas ideas, él y Louisa.

Se habían ido. Salió de atrás del árbol y se apresuró. Era una noche fría. Contra las casas de adelante, aún veía el resplandor del incendio. ¿Había sido una comisaría?

Ahora, el último tramo: tenía que cruzar un ancho pavimento para llegar a su barrio. Echó a correr. Parecía que debía atravesar una gran distancia. Se alargaba mientras corría. Corrió más rápido y se alargó aún más.

—¡Oiga, usted!

William corrió. Quería soltar el violín, pero no serviría de nada. Lo encontrarían aunque lo soltara, y no debía soltarlo. Aún más valiosos eran los documentos, y los documentos lo condenaban a muerte de todos modos. No podía dejarlos, pasara lo que pasara.

Oyó gritos a sus espaldas. Eran tres, no, cuatro hombres. Lo estaban alcanzando. El suelo negro se movía bajo sus pies. Parpadeaban luces a lo lejos.

—Allá está.

Estaban a ambos lados. Se internó en el parque y corrió por un sendero. El fulgor tenue de las luces del parque multiplicaba las sombras. Quizá lo consiguiera. Quizá lograra escapar. Luego, terreno desparejo, un momento, un momento, y se le aflojaron los pies. El estuche echó a volar, y él chocó contra el piso. Los papeles desaparecieron. Un segundo después, un cuerpo cayó sobre él, lo inmovilizó. ¿Adónde se habían ido los papeles? Forcejeó para liberarse.

—Está aquí. Lo tengo. Aquí.

Sintió manos ásperas, y un peso enorme. William se quedó tendido, jadeando. Tenía un tajo en la cara, por la caída. Ni siquiera podía ver a las personas que lo habían apresado. Así era la clase de guerra que libraban.

—Debo llegar a casa. Mi hija. Me quedé dormido. No me di cuenta de la hora. Trabajaba hasta tarde.

No hubo respuesta.

—Debo llegar a casa —repitió—. Tengo una hija.

—Nadie sale a esta hora porque sí.

Era una voz espantosa. No daba ningún indicio de nada.

—Se lo ruego.

William intentó levantarse, pero el hombre presionó con más fuerza. Apenas podía respirar.

—Los otros llegarán pronto.

Las manos que le torcían el brazo contra la espalda debían pertenecer a esa voz, pero por lo que él sabía podía venir de cualquier parte. Hubo un crujido en las ramas de los árboles, un crujido que continuaría toda esa larga noche. No significaba nada, era solo el soplo del viento. La acción de una cosa es lo mismo que nombrarla: es, en realidad, el nombre verdadero. Los árboles crujen y están diciendo que los árboles crujen toda la larga noche. La larga noche... ¿qué es? Árboles crujendo. No había nada que uniera los momentos de la vida, salvo la vida. ¿Y qué pasaba cuando terminaba?



Estaban terminando de pintar los títeres. Habían pasado horas haciéndolo, sobre todo el señor Gibbons, que era un experto y podía pintar un personaje enseguida y sin el menor esfuerzo. Entretanto, Molly escribía el diálogo, las escenas, y se las pasaba al señor Gibbons para que las aprobara. Lo estaban haciendo de atrás para adelante, como él había dicho, salvo la escena final. Habían negociado ese acuerdo.

Había un ratón cuya cara tenía los rasgos de Molly, un ratón vestido con una enagua amarilla.

Había un hombre, y estaba pintado con ingenio. Se parecía de veras a William, y Molly lo admitió.

Dos pájaros tenían una inquietante semejanza con el señor y la señora Gibbons.

Un lobo con corona había sido la última elección de Molly, la más difícil. Había regresado al departamento para buscar una fotografía en el escritorio de su padre. Ahora era una loba, con vestido largo, y se parecía a la madre de Molly.

*No la recuerdo muy bien.

—Está bien. Recuerdas quién era, y tu padre ha hablado de ella.

*Me ha dicho todo sobre ella.

—Lo sé.

Y así el trabajo continuaba.

—El movimiento de los títeres —explicó el señor Gibbons— es demasiado complicado para enseñártelo ahora. Tendrás que conformarte con que me encargue yo. A fin de cuentas, tú anotaste todos los detalles, y lo entiendo bien. Tengo las voces tal como son, y para la marioneta Molly tenemos las tablillas.

Eran tablillas donde estaba escrito cada tramo de diálogo del títere Molly. Aparecerían en escena en el momento oportuno.

Molly estaba tan enfrascada en los preparativos de la obra que se asombró al ver, cuando se dio vuelta, que muchos asientos del teatro estaban ocupados. La señora Gibbons había puesto títeres de tamaño natural de varios tipos.

—Todo teatro debe tener un público, por pequeño que sea —dijo el señor Gibbons.

Las luces se atenuaron.

—Todos a sus asientos.

Molly se sentó en primera fila. El teatro se elevaba frente a ella y ocupaba toda su visión. Un bonito telón lo cubría. Orlas doradas lo bordeaban, surcando el aire tenso. La madera estaba pintada con la expectativa de cierto deleite, y ese deleite y ese anhelo la recorrían como si creyera que podría hallar respuestas. Si su padre regresaba pronto, quizá fuera por la mediación de los títeres. Quizá. ¿Por qué no?

—¡A los asientos!

La señora Gibbons se instaló en la última fila.

—UNA ESCALERA DE LLUVIA Y UN TECHO EN LAS NUBES, una obra de Molly Drysdale (mayormente) y Siegfried Gibbons (apenas).

La mano de Molly hacía señas debajo del asiento, pero no podía verse.

Era de madrugada, y William aún no había regresado.

OceanofPDF.com

PARTE **3**

OceanofPDF.com

UNA
ESCALERA
DE LLUVIA
Y
UN
TECHO
EN LAS NUBES

OceanofPDF.com

Llega un caballo, montado en un caballo. está vestido de soldado colonial. los movimientos del caballo son exactamente iguales a los movimientos de un caballo.

—Los que no me conocen deben saber esto —dijo el caballo—: hay cosas que se deben decir, y así es como las decimos, sin preocuparnos por la seguridad, y sin guardar nada para el final. De lo contrario, el fuego no puede arder toda la noche.

El caballo se aleja al galope.

OceanofPDF.com

Una voz dice:

Louisa se acerca a una pequeña ventana que han abierto en una pared. Mira hacia atrás. Parece estar actuando con sigilo. Hasta ahora ha tenido una vida feliz. Las mejores escuelas, las mejores cosas, los mejores restaurantes. Viajes al exterior. Dueña de caballos. Viajes en avión. Viajes en tren. Muchas lecturas. Como muchas personas de buena crianza, cree que su vida es una colección, que siempre está coleccionando. También es muy valiente y, aunque objetivamente débil, es físicamente resistente gracias a una férrea voluntad. Una vez se cortó en una tienda mientras miraba cuchillos de caza. En vez de quejarse, puso la mano en el bolsillo. Camino a casa alguien le dijo que mostrara la mano y descubrió que estaba cubierta de sangre. El bolsillo estaba empapado. Más que dolorida, se sentía avergonzada.

Louisa se acerca a la ventana, que es realmente muy pequeña. Mira por la ventana. No es la clase de ventana que separa el interior del exterior, sino una de esas ventanas secretas que privilegia un ambiente sobre otro. Espía un gran auditorio. Hay una silueta en el escenario. Por encima del hombro de ella, vemos, a través de la ventana, la vastedad de la sala.

TELÓN

OceanofPDF.com

Un gran auditorio. William está de pie, pero no se apoya en los pies. Los pies parecen soportar su peso, pero no es así. Toda su atención está en el violín que tiene en las manos, y que está por tocar. Mira una pequeña ventana del rincón trasero de la habitación. En el fondo del público alguien susurra, y esto es lo que dicen:

Este es un auditorio sin asientos. Hay un escenario y una alfombra, un lugar para las butacas, pero no hay butacas. Hay niveles, y pasillos que llevan a las puertas, candilejas. Hay alguien en la ventana. Ella no tendría que estar allí.

TELÓN

OceanofPDF.com

Luego varias escenas en las que Louisa y William se conocen poco a poco. Ella es hija de un político destacado. Él es un prodigio musical de origen humilde. Él es amable, oscuro y tenaz. Ella es ingeniosa y juguetona. El discurso de ella está lleno de referencias a filósofos eminentes y en vez de discutir un argumento a veces ella señala que Fulano ya ha demostrado que ese concepto es falaz. Es experta en horticultura, una afición de la madre que adoptó de niña. Sin embargo, nunca se lo ha mencionado a William. Él está desesperadamente enamorado. Se citan en lugares raros. Cenar en el piso de la habitación donde él vive. De noche él entra subrepticamente en la casa de ella. Son audaces y optimistas. Piensan casarse pronto.

Molly tiene la boca entreabierta. Está erguida, ansiosa. El teatro no podría ser tantas cosas, pero lo es. Los títeres superan todas las expectativas. ¿Quién podría creer que no están vivos, que sus movimientos no se originan en sus cuerpos de madera, bajo esa ropa de fina costura, esa pelambre, esas plumas? Uno siempre ha entendido qué aspecto tiene un títere, qué puede hacer. Pero esto es algo más. ¿Es posible, se pregunta Molly, que las mejores cosas estén ocultas? ¿Ocultas sin que nunca se compartan?

Caía una llovizna, y luego se despejó. La amenaza de tormenta era tal que todos decidieron quedarse adentro todo el día. Solo un par de personas salió de la casa. William era una de ellas. Louisa era la otra. Habían decidido salir bajo la lluvia, pero no había lluvia.

Una especie de escuela de un solo ambiente. De allí sale William. Camina hacia el frente del escenario y se sienta en un banco. Está mirando a Molly. Se nota mucho que es el padre. Detrás de ella, los títeres del público se mueven inquietos en los asientos. La señora Gibbons tose. La escuela ha desaparecido y ahora se ve la entrada de un barco. Louisa desembarca. Dice, sin dirigirse a nadie en particular:

—Yo no estaba en un barco. Solo quería eludir la persecución.

Su andar es sumamente grácil y amenazador. Tiene aspecto de loba.

Molly recuerda esto, aunque no recuerda mucho más.

Louisa se sienta en el banco junto a William. Se los ve bien juntos. Leves aplausos del público.

—Mi director cree que debo ensayar las partes más difíciles frente a la jaula de los leones del zoológico.

—¿Lo has intentado?

—Cada vez estoy drásticamente mejor.

—¿Les miras la cara?

—¿La cara de los leones?

Louisa lleva algo. Es una especie de paquete. William repara en él. Hablan del paquete. Él lo toma en sus manos y lo abre. En el escenario, el títere logra valerse de sus apéndices para abrir un paquete cerrado con un cuchillo pequeño. Dentro del paquete hay un sombrero. Se lo pone.

—En la banda del sombrero —dice Louisa— está escrito el lugar de nuestro próximo encuentro.

Lo besa. Salen en direcciones opuestas.

Y...

A lo lejos espera una multitud, pintada en el escenario. Está compuesta por todas las personas que han de conocer. Ni una sola persona de la multitud puede ver a las demás, y guardan silencio, desplazando el peso de un pie al otro.

TELÓN

OceanofPDF.com

El piso del teatro está pintado como el techo del cielo tal como se vería desde arriba. El títere con velo aparece en escena.

Molly se yergue en el asiento. Mira alrededor. Detrás de ella, todos los títeres están pendientes del escenario. La señora Gibbons tampoco desvía los ojos. Hay una pequeña luz en el borde de la ventana cerrada. Molly se mira los pies. Vuelve a mirar el escenario. El bufón con velo la está observando.

—Molly —dice—. La obra debe continuar.

Hace un gesto para que baje el telón, y el telón baja. Vuelve a subir, y el bufón se ha ido. En cambio hay una arboleda.

Entran William y Louisa. Es evidente que Louisa está embarazada. Se han casado y viven juntos y prosperan mientras William triunfa en su carrera de concertista. Entretanto Louisa entabla confusas conversaciones teóricas con intelectuales de dudosa reputación. Ambos son felices. Llevan un baúl. William tiene una pala. Cava un hoyo y entierran el baúl.

—Un día nuestra hija se enterará de esto y encontrará este lugar y podrá adquirir muchos de los tesoros importantes de nuestra vida de juventud.

Arrojan tierra sobre el baúl. La falda de Louisa se ensucia. Ella hace una broma sobre eso, pero William no se ríe. Mira la maleza para asegurarse de que nadie haya visto que enterraban el baúl. Presiente que los vigilan.

TELÓN

OceanofPDF.com

Alguien canta en voz baja. Louisa está sentada junto a una cuna. La casa se parece mucho a un búho, o a la casa de un búho. Por la ventana entra una luz suave que borrona sus rasgos. El ruido de una puerta abriéndose en el interior de la casa. Pasos. Se abre la puerta de esta habitación.

ENTRA WILLIAM

—Querida, me llevó tanto tiempo. No podía escaparme. Los demás no conocían bien su parte, y ya sabes cómo es Werz. No quería dejarlos ir. Así que todos tuvimos que quedarnos.

Él y Louisa miran la cuna. La cuna está vacía. Molly viaja hacia ella, pero todavía no ha llegado.

—¿Sabes —susurra William— que cuando era joven nunca aguantaba hasta el final de nada? Iba a ver un espectáculo y me iba por la mitad. Me fugaba de las cenas, las fiestas, los desayunos. Me escabullía y vagabundeaba por la calle, sumamente feliz. Llegó a ser motivo de broma entre mis amigos, pero no podían hacer nada para evitarlo. Sin duda ofendí a algunas personas, pero quizá fuera gente que de todos modos no me caía bien.

La voz sigue cantando, y se eleva. Es imposible saber qué canta. Ya no se oye a William y Louisa, aunque es evidente que están hablando. Molly intenta oír lo que dicen, pero no puede. Esta parte de su infancia se pierde por segunda vez. Está en el borde del asiento.

La obra continúa rápidamente con la exposición. Molly aún no puede caminar; la llevan en brazos. Más tarde, puede caminar un poco. William, Louisa y ella pasean con frecuencia por los parques y por las largas avenidas. Mientras caminan, los árboles se inclinan hacia ellos, la hierba se yergue sobre largas piernas, el aire se concentra y se dispersa, formando brisas y céfiros.

Un día los visita un hombre de sombrero azul, Lawrence. El escenario está a oscuras. Es plena noche. Golpes en la puerta. Se enciende una luz. Louisa sale de la cama. Recorre el escenario pasando por pasillos y escaleras, arrastrando un delgadísimo cable de marioneta. En la planta baja, una puerta con un bonito picaporte de bronce. Ella apoya la mano en el picaporte como para abrir.

—¿Quién es?

—Louisa, soy yo. Está empezando. Tienes que irte de aquí. Yo también me iré. Avísale a William. Los músicos serán los primeros en caer, estoy seguro. Y a ti, sin duda que a ti no te dejarán en paz.

Ella abre la puerta. Está frente a un hombre de sombrero azul. Es Lawrence.

William se reúne con ambos en la puerta.

—Lawrence, ¿de qué estás hablando?

—Noticias de fuera de la ciudad. Han incendiado el congreso. La cosa ha comenzado. El ejército está con ellos. La cosa está consumada. No hay nada que hacer.

Lawrence corre hacia la calle. A lo lejos, el ruido de algo que golpea una lata.

La cara del señor Gibbons aparece por un costado de la casa, imposiblemente grande. Se dirige al público:

—Esos tendrían que ser disparos de armas de fuego. Mis disculpas. Por favor, se deben interpretar como disparos. Una vez más.

Desaparece. Lawrence está de nuevo frente a la puerta. Louisa está serena, pero muy perturbada. William está furioso.

—Noticias de fuera de la ciudad. Han incendiado el congreso. La cosa ha comenzado. El ejército está con ellos. La cosa está consumada. No hay nada que hacer.

Lawrence corre hacia la calle. Lleva el sombrero azul en la mano izquierda. A lo lejos, ruido de disparos.

William rodea a Louisa con el brazo. Cierran la puerta. Allí hay una pintura llamativa. Los dos se detienen para mirarla, como si contuviera las respuestas.

Es la pintura de una batalla. Hay filas de hombres con uniformes brillantes. Hay cañones. Han cavado hoyos en el suelo para detener la caballería. Hay cadáveres desperdigados entre las diversas posiciones. El cielo es brillante a lo lejos, pero oscuro arriba. Un buitre se encorva sobre un coronel, de tal modo que parece que el buitre es el coronel. No obstante, da la impresión de que el coronel está haciendo un magnífico trabajo. Ha ganado la batalla. ¿Por qué? Los ojos de sus tropas son feroces y los otros son pálidos como espejos. Es fácil imaginar las vastas y hermosas columnas de refuerzos que

llegan desde el este. Se oyen sus pisadas en la carretera, a medida que se acercan.

Pero para nosotros no habrá ayuda, piensa William. No puede decírselo a su esposa. Si se lo dijera, tan solo una vez, de inmediato sería cierto.

Una voz:

—El día siguiente transcurrió como de costumbre; nada había cambiado. No hubo informes sobre nada. Pasó otro día, y otro. Pasó un mes. Hasta que un día, soldados marchando por las calles. Gente colgada de los cables telefónicos. Edictos en los postes. Interrogatorios de todo tipo, y nuevas asignaciones de trabajo. Todo trastocado. El cadáver de Lawrence hallado en una zanja fuera de la ciudad. Había estado allí largo tiempo hasta que lo encontraron. Asistencia obligatoria a las “reuniones de distrito”. Un censo casa por casa. William y Louisa trataron de afrontar la situación. A William le quitaron el instrumento. La sala de conciertos dejó de existir. Fue transformada en tribunal. De pronto se necesitaban muchos más tribunales de los que habían existido hasta el momento. Muchos ciudadanos que antes eran despreciados ahora tenían la voz cantante e integraban los diversos jurados de diversos tribunales que juzgaban todo delito imaginable. De hecho, había tantos delitos que era imposible no cometer ninguno. Uno tenía que limitar su exposición pública, aceptar pequeñas penas. Uno llevaba encima toda clase de símbolos que representaban diversas faltas. Este fue el período de transición. Las cosas empeoraron. Empezó la escasez de alimentos. Ellos entablaban conversaciones, diciéndose cosas. Él decía una cosa y ella respondía, o ella hablaba y él contestaba. A menudo se ofrecen consuelo sin motivo, y a veces se hablan sin decir nada. Tal es la naturaleza de su preocupación.

Hasta que un día

LOUISA

DESAPARECIÓ

PARA SIEMPRE.

William llora y camina por las habitaciones de la casa. Lo hace durante días, pero la escena dura una hora, con sus silenciosos sollozos. En la habitación contigua un títere ratón también llora, en un registro totalmente distinto. Entretanto, en la calle, la gente va y viene. Un grupo de hombres mira hacia adelante. Un chico con una bolsa de papel marrón. Un perro con una manta encima del lomo. Aquí y allá un coche, una bicicleta. William está sentado sobre la colcha limpia, sosteniendo un vestido de Louisa. No se lo aprieta contra el pecho, solo lo sostiene. La señora Gibbons rompe a llorar suavemente, y los títeres también empiezan a llorar, uno por uno. Toda la sala está llorando, salvo Molly, que se yergue en el asiento. Tiene las manos entrelazadas. La siguiente escena está por comenzar.

TELÓN

UNA TABLILLA CON PALABRAS ESCRITAS:

FIN DE LOS ACTOS PRIMERO Y SEGUNDO

y

INTERVALO

Pasa un minuto. Molly gira en el asiento. La señora Gibbons no está.

—Pssst, Molly.

Molly mira por encima del hombro. El señor Gibbons, junto al teatro, le hace señas. Ella se acerca de puntillas. Los títeres miran hacia otro lado.

—¿Qué te parece?

Molly saca un papel del bolsillo.

*Hasta ahora, bien.

Hace una pausa.

*¿Usted...? Ya sabe, mi padre...

Mirando por encima del hombro mientras ella escribe, él:

—No sé. Tendremos que ver.

*Pero...

—Ojalá supiera. Yo...

Entra la señora Gibbons con una taza de chocolate para cada uno.

—A LOS ASIENTOS —grita el alguacil, que se yergue en la torre más alta del teatro.

Por casualidad, Molly nota que el señor Gibbons mueve la comisura de la boca, pues no ha dejado de mirarlo. Ventriloquia, piensa. Y si usa la ventriloquia para decir mis palabras por la boca de otro... ¿cómo se llama eso?

Se rasca la pierna y encorva los hombros.

—¡A LOS ASIENTOS!

OceanofPDF.com

TERCER ACTO: que responde a una LOTERÍA de la MEMORIA.

El telón se abre. El bufón con velo está de nuevo sobre su piso de nubes.

—Lo explicaré —dice—. Pronto se aclarará todo.

Cada vez habla con una voz distinta. Ahora habla con la voz de una monja profesora que regaña a un alumno.

—Molly. ¡Molly! Ven aquí.

Molly entra desde el costado del escenario. Su cola es muy larga y gris. Camina sobre las patas traseras y usa una prenda delicadamente bordada. En los pies tiene zapatillas de baile.

—¿Quieres decir unas palabras al público?

*Hay ciertos días que moldean la vida de una persona porque alteran la comprensión de lo que es posible en un día. Por eso es muy importante, por ejemplo, en la niñez, visitar la casa de un pintor talentoso. Estoy hablando de un hombre o una mujer que vive a solas, no conoce a nadie y pinta mientras en las inmediaciones ríos y arroyos atraviesan una comarca de pequeños puentes, lámparas y mensajes entregados a mano. Mi padre me llevó en secreto a ver a una mujer así. Ella vivía en el campo y, siendo ermitaña, no fue detectada por la maquinaria de la revolución. Su casa era una serie de cabañas unidas por senderos a través del bosque. Ella se sentaba a mirar la luz tal como un cazador observa el rastro de un venado,

durante días, antes de actuar. Y luego, de golpe, las circunstancias quedaban estampadas en el papel como grabadas con acero entintado. Su obra consistía en colores suaves y sombras. Mi padre decía que era su profesora de violín. Ella no tocaba el violín ni ningún otro instrumento, y además no podía hablar. He aquí la pintura que ella me dio.

Molly abre un broche que contiene un espacio hueco y saca un cuadrado de papel. Se despliega ocho veces. Del costado del teatro sale una enorme lupa y se acomoda en su lugar.

Uno por uno, los espectadores se levantan del asiento para inspeccionar la pintura. Molly observa largo tiempo. Los matices, las sombras, los tonos frágiles: todo tal como lo recordaba. Es la pintura de un edificio derrumbado. Debajo del piso destrozado, alguien ha preparado una fogata. Esa persona está de espaldas a nosotros, y lee un librito de cuero. Tiene el libro abierto en la palma de la mano.

Hasta las palabras del libro son visibles, y dicen:

Un día estas tribulaciones terminarán. Ustedes son jóvenes y sobrevivirán a sus torturadores.

TELÓN

Los espectadores vuelven a los asientos.

OceanofPDF.com

SE ABRE EL TELÓN

—Era un hermoso día y empezó bien. Había un vendedor ofreciendo nueces en el borde de la pendiente. Treparon más allá de las fortificaciones en ruinas y caminaron por crestas herbosas llenas de arbustos. Las hormigas corrían como ratones alrededor de sus pies. ¡Eran hormigas! Hormigas vestidas de ratones. Y en esto, la maquinaria del teatro de títeres revela su intervención.

William y Molly salen a escena. Ella se mueve con vacilación. Todavía es pequeña, y un poco tímida. William le sostiene la mano con firmeza, y al cerrar puertas se asegura de que su cola haya pasado del todo.

Suben por la ladera del fuerte, y allí está el vendedor de nueces. Compran nueces y caminan un trecho hasta la sombra de un árbol. Hay hormigas, pues, que corretean por el escenario con retazos de pelambre pegados al caparazón.

*¿Crees —le dice Molly al padre— que esta fortaleza rechazó grandes ataques? ¿O que siempre fue solo un paisaje sin ninguna función humana?

—Fíjate si hay huesos —dice William—. Entonces lo sabrás.

*No si eran muy pulcros en el cuidado de sus muertos.

—No hay pulcritud que alcance para encontrar todas las bajas después de una batalla —declama William.

Molly mete la mano detrás del árbol y saca un hueso largo. La domina una sensación de fatalismo. Aunque este hueso fuera la pierna de un hombre, estaba esperando el uso al que estaba destinado. Poseía este conocimiento desde el principio.

William saca un cuchillo pequeño. Se apoya el hueso en la rodilla y se pone a tallar. Talla durante un rato y luego lo frota delicadamente con un paño gris y talla un poco más. Es muy preciso en sus movimientos, como si ya hubiera hecho esto antes. Es uno de sus talentos, dar la impresión de ser experto cuando solo está empezando.

Molly corre de un lado al otro.

Al fin él le entrega el hueso a Molly. En el hueso hay una serie de instrucciones arcanas.

—Esto es para que encuentres una cosa que escondimos tu madre y yo. Mantenlo a salvo. Estas instrucciones no serán precisas hasta dentro de quince años. Entonces te guiarán directamente adonde tienes que ir.

Molly se guarda el hueso bajo el brazo. William se la sube al hombro y, calándose la bolsa de nueces bajo el brazo, camina a casa.

TELÓN

OceanofPDF.com

Hay una silla que hace un ruido molesto. Molly da media vuelta. Es un gran títere faisán con sobretodo. Mira a Molly a los ojos con desdén.

Ella le hace una seña a la señora Gibbons. El faisán es retirado de inmediato.

A pesar de su rápida intervención, la señora Gibbons parece tener cierta complicidad.

OceanofPDF.com

¡AY,
CÓMO
HA
PASADO
EL
TIEMPO!

OceanofPDF.com

Como cualquiera puede ver, es un hermoso día de primavera. La luz brilla con ardiente intensidad. Molly es más grande, y camina delante de William. Repite con señas las tablas de multiplicación y él aprueba o corrige según sea necesario. Atraviesan el escenario, y el escenario cambia a medida que lo atraviesan. Primero están en una calle, luego en otra. El tiempo pasa. El ángulo del sol varía. Llegan a las puertas del cementerio. William abre la puerta con una larga llave que cuelga de su cinturón como una espada. Entran. Se propone mostrarle muchos de los epitafios que ha escrito. Las sendas del cementerio son largas y sinuosas. Los añosos árboles están bien cuidados. Abunda el musgo. Sauces llorones separan ordenadamente una sección de otra y destacan varios lugares de interés. Los obeliscos están prohibidos, o fueron prohibidos en algún momento del pasado lejano. Los pocos que se ven son anteriores a la prohibición. Son tan viejos que sus inscripciones resultan ilegibles. Su grandeza no arroja luz sobre los difuntos que debían conmemorar.

—Aquí —dice William— tienes uno de los primeros que hice.

Una piedra pequeña, rodeada por tocones.

Elinor Gast

Ahogada.

Molly mira la piedra largo tiempo.

—A decir verdad, no era cierto —dice William—. Murió de un infarto. Su esposo entendía que sería emocionante para ambos, sin embargo, que la lápida dijera ahogada. Fue idea suya. Eso es lo que fijó el tono de mis epitafios.

*¿Y el siguiente?

—Por allá.

Cruzan un pequeño puente sobre un arroyo y llegan a un bosquecillo de sicomoros. Allí yace toda la familia Eldritch en filas y círculos.

*Déjame ver si lo encuentro —dice Molly.

Va de tumba en tumba. Al fin, agita la mano.

Ella y William inspeccionan la piedra juntos. Dice:

ELDRITCH

Mara Colin

Un sueño breve, doloroso.

*¿Con quién hablaste para esta?

—El padre de él, el marido, un hombre muy viejo.

*¿No amaba a su nuera?

William palmea el hombro de Molly con afecto.

—Podría decirse que no.

Se toman la mano y siguen andando por el cementerio. El bufón con velo los observa desde atrás de un árbol distante.

Ahora pasan bajo un pinar. Hay pequeñas piedras rosadas, cuadrangulares, con cruces encima. Molly se detiene y se arrodilla. Enrosca la cola alrededor de una cruz. Llega un sonido desde el otro lado del cementerio, el tañido de las campanas de una iglesia. Ella alza las orejas.

—Todos soldados —dice William—. Muertos por la misma ráfaga de metralla.

Y en verdad todos habían muerto el mismo día.

—Pero no es obra mía —dice William—. Muy anterior a mi época.

Suben la próxima loma. En la cima hay una pequeña casa de piedra. En la casa, un banco de mármol y una ventana desnuda. La ventana da hacia un paraje del cementerio y el río. Se ve parte de la vieja muralla de la ciudad.

**Ignazio Porro, quien inventó los prismáticos*

—Correcto. Creo que eso es verdad.

En el piso hay una escultura de piedra que representa un par de binoculares, cerca de la ventana.

Molly trata de alzarlos. No se mueven.

—Vamos.

—¿Sabes? —dice William—. Cuando era joven, pensaba que no me casaría.

*¿Nunca?

—Ni siquiera con tu madre —dijo William—. Pero tu madre siempre me pedía que la acompañara a caminar en las tormentas. Era lo que más le gustaba, sentir la lluvia y ver los relámpagos. Míralos, se esconden en sus casas, decía. Y cruzábamos el canal corriendo, y ella cantaba una canción a gritos.

La voz de William se extingue. Él está hablando, pero no hay sonido.

OceanofPDF.com

Cuando salen de la casita, una cara se asoma desde el otro lado. Es el bufón. Molly y su padre dejan la escena. El bufón entra por la ventana.

—Molly —dice—. Molly. Están todos dormidos. Mira alrededor.

Molly mira a sus espaldas. En efecto, todos los títeres del público están dormidos. Algunos se han caído de la silla. Las cabezas de otros reposan extrañamente sobre el pecho. La señora Gibbons dormita en el rincón.

*No tiene importancia. Continúa.

El títere la mira sin entender.

Ella escribe en un papel:

*CONTINÚA.

El títere se ríe.

TELÓN

OceanofPDF.com

Molly está pensando en los árboles. Enrosca y desenrosca la cola.

*¿Qué queda de un árbol en un violín?

—El permiso —dice él—, pero no está en todos los violines.

*Y quizá tampoco en todos los árboles —dice Molly distraídamente.

Hacia el sur vuela una delgada bandada de pájaros. Molly arranca hierba con las manos y el olor es espeso y fresco. Los dos están a la sombra, y totalmente lejos del mundo.

—Sí —dice William—. Más lejos de lo que parece.

Recorren un camino entre olmos y tras saltar sobre las raíces de enormes arces se encuentran en otro lugar.

OceanofPDF.com

Sí, Molly y su padre están sentados en un claro, rodeados por piedras marrones.

—Esta es la familia de tu madre —dice William.

Las piedras están en otro idioma.

*¿Qué significan?

—No sé —dice William—. Nunca aprendí el idioma de sus padres. Ella tampoco.

*Es extraño que ella esté aquí, rodeada por sentimientos desconocidos.

—Bueno...

*Ya sé, en realidad no está aquí.

—En realidad no.

Caminan hasta la última tumba de la derecha. Es la más bonita. Es una piedra sumamente sencilla, casi rústica, pero con una textura encantadora. Las letras son muy delgadas. Bastarán cincuenta años para borrarlas.

Louisa Drysdale

Esperando en las colinas, creo.

Molly está tosiendo. Tose una y otra vez y hace un ruido raro. Debe ser el ruido del llanto. La señora Gibbons se despierta y se acerca por el pasillo, se arrodilla junto a ella, le sostiene una mano.

William y su hija salen de escena.

TELÓN

OceanofPDF.com

Molly y William están dormidos. La ventana de la calle está abierta. Suena un disparo. Siguen durmiendo. El tiempo pasa. Se despiertan. Molly se viste. Los dos salen.

William pasea con Molly por la calle. El teatro parece estar pavimentado con adoquines. Cada adoquín es tan pesado que diez obreros no podrían levantarlo. Él se despide de ella frente a la escuela y va a sentarse en el parque. Se pasa el día sentado allí, mirando el agua. Hay siluetas en el agua, pero él no puede verlas. Solo puede sentir las. Es igual que en el cementerio, con todos los cuerpos bajo tierra. Uno puede sentirlos pero no verlos. No es que sean fantasmas. No se trata de eso. Es solo que los centros de muchos mundos descansan en contextos ajenos.

OceanofPDF.com

William va a buscar a Molly a la escuela. Regresan al parque. Él le lee el diario. Le cuenta una anécdota de su infancia. Dice:

—Había un hombre muy viejo y muy rico que decía que los que pudieran hacer lo que él había hecho ganarían toda su fortuna.

*¿Qué tenían que hacer?

—La apuesta era solo para niños. El niño tendría que huir de su hogar, dirigirse a una ciudad lejana, llegar con vida, liberar a todos los animales del zoológico, eludir la persecución y regresar a su hogar. Esa era la primera prueba. Eran ocho en total.

*¿Cuál era la más difícil?

—Aprender a dormir con un ojo abierto.

*¿Y ver con ese ojo, o...?

—Bueno, de otro modo no sirve de nada.

*Entiendo. ¿Alguien lo logró?

—Creo que un chico llegó a hacer siete. Pero entonces ya era grande, así que renunció al premio.

*¿La competencia sigue abierta?

—Supongo que sí. Pero no te escapes de casa. Eres demasiado pequeña. Solo practica el dormir con un ojo abierto. Si logras eso, las demás serán fáciles.

Molly se pone de pie.

*¿Vamos?

—Sí, vamos.

Toman por un sendero para volver a casa, él murmurando, ella gesticulando, él mirándole las manos en el oscuro atardecer.

OceanofPDF.com

Hay títeres que corren frenéticamente por el escenario, vestidos de mimos. Otros títeres los matan a tiros y se paran sobre ellos disparando una y otra vez y un gran anillo de humo se extiende hacia el público.

Molly y William están al otro lado del escenario, muy quietos.

El humo se extiende. Cuando se disipa, el escenario está de nuevo vacío, salvo por William y Molly.

Molly tira de la manga de William.

*¿Crees que se puede salvar el mundo?

—¿Salvar el mundo?

William sonríe.

—¿De qué?

*De esa gente. De eso, y de la muerte de mamá.

—Eso es parte de nuestro mundo, y no se puede cambiar. No sé si querría vivir en un mundo donde las cosas han mejorado pero tu madre se ha ido. Ella siempre soñó con ese lugar, y creo que no iría allí sin ella.

Molly se mira los pies. Luego mira al público. Parece que mira a cada espectador, uno por uno.

William respira profundamente. Continúa:

—Pero quiero que cambie, por ti. Un día tú serás la única que quede de nosotros tres, y entonces el mundo que nos incluye estará dentro de ti y en ninguna otra parte.

OceanofPDF.com

Se está haciendo tarde. William le dice a Molly que tiene que irse de la casa. No puede explicar por qué. Ella intenta que le explique pero él se niega. Se ha puesto ropa que rara vez usa, ropa que usaba antes. Se lo ve muy nervioso. Esto preocupa inmensamente a Molly.

*¿Pero no es peligroso? Nunca salimos tan tarde. No vayas, no vayas.

—No debes preocuparte. Soy el último gran músico.

(Hace una cabriola ante el público y se inclina en una reverencia).

—Todos los demás han muerto. El gobierno lo sabe. No pueden matarme ni hacerme daño. Sería el final para ellos. Aunque hace años que no toco, la gente me conoce y sabe lo que represento. La gente se rebelaría de la noche a la mañana. Si yo muriese, la revolución estallaría como un segundo sol y las llamas consumirían todo. La policía nunca me capturaría. Saben lo que ocurriría. Tienen demasiado miedo. Por eso no nos mataron a nosotros cuando mataron a tu madre.

Molly parpadea y se aferra el borde del vestido. Siempre ha sabido que su familia es importante.

Aun así, ahora se siente muy orgullosa y yergue los hombros.

*Igual estoy preocupada —dice con las manos.

Lo sigue hasta la puerta. Él la abre. En lo profundo del teatro, a través de la puerta, se ve el pasillo y otra puerta. William está golpeando esa puerta. El viento agita la cortina del cuarto donde está Molly. Cree oír un tocadiscos y un violín, aunque ella nunca ha oído un violín y nunca ha visto un tocadiscos.

Ahora la escena es el pasillo, y la puerta se abre. Molly sale a escena con su padre. Agita la cola. Se la ve sumamente pequeña. Su padre la rodea con el brazo. La señora Gibbons está al otro lado de la puerta. La señora Gibbons le da la bienvenida a Molly. También está el señor Gibbons. Salta a la vista que son una pareja de ancianos sumamente amables. Su casa es cálida y confortable de un modo que es imposible hoy en día. Es un resabio de otra época. Cuando desaparezca, se habrá perdido hasta el conocimiento de eso.

La señora Gibbons le habla a William.

—Lo haré —dijo la señora Gibbons—. Usted es buen padre y yo lo haré por usted y por su hija porque ella es maravillosa, una mujercita maravillosa, y siempre me alegra tenerla aquí, aunque no ha venido antes. En esta casa siempre hay lugar para una mujercita maravillosa que se llama Molly. Pero debe tener cuidado, señor Drysdale, si sale de noche, porque el señor Gibbons, que acaba de regresar, me dijo que vio a un hombre muerto a cuatro calles, y en medio de una multitud. Así que tenga cuidado.

—¿De veras hablo así? —le pregunta la señora Gibbons a Molly.

Todavía están juntas en la primera fila.

Molly asiente con la cabeza.

En el escenario, el ratón patea el piso.

Molly pateó el piso. William la miró.

*¡Ten cuidado! —le dice al padre.

—Aquí le dejo una llave —dice William—, así podrá acostarla.

La señora Gibbons asiente y cierra la puerta. William está del otro lado. Se ha ido de la habitación. Se oyen sus pasos, y luego dejan de oírse.

Ahora el señor Gibbons le da la bienvenida a Molly en el interior del departamento. Le muestra el teatro de títeres, que está reproducido con exactitud, y está en condiciones de funcionar. Le muestra sus materiales, sus herramientas. Le explica las reglas del teatro de títeres. Se sientan juntos para preparar la obra. La señora Gibbons trae una bandeja de comida, y Molly se la devora.

En la sala, la señora Gibbons ha vuelto a dormirse. Molly mira el escenario con desesperación.

OceanofPDF.com

La obra está a punto de terminar. El ratoncito escribe frenéticamente. Está componiendo la obra a medida que transcurre. El señor Gibbons, encorvado con viejas plumas, está modificando los títeres, dibujando las caras. Está pintando el retablo. Preparan todo a partir del final, tal como él planeaba.

La señora Gibbons entra por una puerta. Pone las sillas en orden. Molly no presta atención, pues está escribiendo a furiosa velocidad. La señora Gibbons saca los títeres de tamaño natural y los pone en las sillas. Atenúa la luz. El señor Gibbons recibe la última página de texto y se instala detrás del teatro. Molly mira en torno. Respira profundamente.

UNA ESCALERA DE LLUVIA Y UN TECHO DE NUBES

Y la obra comienza. Pero Molly está demasiado preocupada por su padre para prestar atención. Nerviosamente enrosca la cola en la silla. Mueve las orejas. Se pone de pie y se sienta. Nota que la luz crece en las hendiduras de las ventanas. Sospecha que los títeres se burlan de ella. Todo es confuso y no logra entender nada. ¿Dónde está su padre? ¿Por qué no ha regresado?

Al fin no da más. Se levanta de un salto y sale corriendo de la sala. Sale del departamento, baja la escalera, llega a la calle. Es de mañana y la luz es muy brillante. Los edificios de piedra son tan reales que la lastiman. Los árboles no se mueven. Todo se interpone en el camino. Corre entre los árboles y por las calles, buscando algo, cualquier cosa, cualquier pista. ¿Dónde está él? ¿Adónde se ha ido?

Se interna en un largo bulevar, y la llama una anciana que ha salido a barrer temprano. Ella sigue corriendo.

Un joven la ve desde una ventana. También la llama.

OceanofPDF.com

Corre calle abajo, y llega al lago. En el parque ondula un papel. Ella lo recoge. Lo toma entre las manos. Es obra de los conspiradores, los confabuladores, hasta ella se da cuenta, impreso a mano en máquinas de contrabando. Lo aferra con fuerza y trata de leer las letras mal impresas.

EL VIOLINISTA WILLIAM DRYSDALE HA SIDO ASESINADO EN LA CALLE POR LAS FUERZAS DEL GOBIERNO + +

Se cae al suelo. Sigue aferrando la hoja. No sabe qué hacer con ella. ¿No podrá verlo? ¿Ni siquiera una vez? ¿Ya ha sucedido? ¿Está sola?

*Está muerto. Está muerto.

Alrededor de ella comienza un canto en las calles. Eso es lo que el sonido parece, un canto, pero es el sonido de un violín. El sonido se eleva y hace temblar los edificios, recorre las calles. Llega a ella y la arrastra. Todo ha terminado. No queda nada.

Apoyó las manos en su abrigo, temblando y tironeando. Se tapó la cara, y luego volvió a mirar. Observó la calle y los jardines destrozados, las hileras de casas, la luz creciente. Ella gritaba y apoyaba las manos en el suelo. A través de los árboles veía el lago. Encima del lago, todo como antes, siempre como antes.

Y el ratón se quitó la vida.

El bufón con velo sale a escena. En la sala todos están dormidos.

—Molly —dice—. Molly.

Sostiene un largo hueso, y en él hay instrucciones talladas.

OceanofPDF.com

FIN

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

Thordis, Alda, Nora, Nutmeg, Salazar Larus, Nun, Klara.
Jenny Jackson, Kate Runde, y toda la gente de Vintage.
Billy Kingsland, David Kuhn y Kuhn Projects.

OceanofPDF.com

JESSE BALL nació en 1978 en Nueva York. Es poeta y novelista. Su primera novela, *Samedi the Deafness* (2007), fue finalista del Believer Book Award que organiza la revista *The Believer*. La siguieron *The Way Through Doors* (2009), *Toque de queda* (2011) y *Silence Once Begun* (2014). En 2008, su *nouvelle* “The Early Deaths of Lubeck, Brennan, Harp & Carr” ganó el Plimpton Prize de la Paris Review que premia a las nuevas voces de la narrativa internacional. Ha publicado libros de poesía y prosa: *The Village on Horseback* (2010), *Vera & Linus* (2006, en colaboración con Thordis Björnsdottir) y *March Book* (2006), entre otros. Es profesor de la School of the Art Institute of Chicago, donde dicta cursos de escritura creativa.

OceanofPDF.com